

eugenio lira massi

A dark, atmospheric photograph of a hallway. In the center, a person is silhouetted against a bright light source at the end of the hallway. The ceiling is ornate with several large, round light fixtures. The overall mood is mysterious and dramatic.

3.a EDICION

La CUEVA del senado
Y los 45 SENADORES

LA CUEVA DEL
SENADO
Y LOS 45
SENADORES

EUGENIO LIRA MASSI

PROLOGO

Cuando se me pidió que escribiera este prólogo accedi de inmediato. Nada me podía resultar más fácil que escribir sobre Eugenio Lira. Hace 33 años que conozco a este muchacho despierto, inteligente, lleno de condiciones e inquietudes. Su carrera periodística la he seguido paso a paso. Debo ser sincero y decir que desde que lo conocí tuve una fe ciega en él. Su meteórica incursión en el periodismo cosechando éxito tras éxito hasta alcanzar el sitial que ahora ocupa, pese a su juventud, no me sorprendieron en absoluto, y fue la prueba más concluyente de que se merecía la confianza que en él deposité. Por eso digo que ahora me es fácil y placentero echarle una manito más, aunque de sobra sé que no la necesita y se basta solo.

Muchacho sano, simpático, de buena presencia, de fino trato y delicado hablar ha cosechado sólo amigos en su tránsito por la vida. Jamás una crítica a nadie. Nunca una mala palabra sale de su boca. Ponderado en todo, merece de sobra el cariño y la estimación que todos le profesan.

Modesto, casi tímido, no le gusta hablar de sus triunfos. Hace poco incursionó en la televisión y

pese a que nunca había actuado ante las cámaras, le bastaron siete meses para convertir su programa "La Entrevista Impertinente" en el impacto del año.

Es que todo lo que hace Lira lleva impreso el sello de su extraordinario talento.

Su pluma es de sobra conocida por los lectores del tabloide Clarín, que tiene en él a uno de sus más firmes pilares. La Moneda de Dos Caras primero, la Nariz de la Moneda después y ahora Politiqueos, son secciones que muestran su arrolladora personalidad. De estilo ágil y punzante, sus finas lancetas llegan siempre al blanco con elegancia y precisión. Un extraño dominio del idioma le ha permitido, en pocos años, estar a la altura de los clásicos del periodismo nacional.

Ahora entra al mundo de las letras con el paso seguro de los triunfadores y su eterna sonrisa a flor de labios.

Este libro, el primero suyo —y en ningún caso el último— es una pequeña joya literaria llamada a convertirse en el best-seller indiscutido del año. Pocas obras se leen con mayor deleite. Su novedoso estilo, que parece amalgamar valores como Sábato, Vargas Llosa, Cortázar y Esperón, coge al lector de la primera a la última línea. Es imposible dejar de leer a Lira una vez que se ha empezado.

En las páginas que siguen, bajo una aparente frivolidad, se esconde un profundo sentido de observación. Los lectores encontrarán la semblanza fresca, incisiva, aguda, irónica y viva de los cuarenta y cinco senadores.

Nadie los habría podido retratar mejor que la pluma de Eugenio Lira.

Mordaz a veces, en ocasiones cáustico, pero leal y generoso siempre, el autor ha sabido mostrar a

los protagonistas de la comedia humana sin falsos opeles.

Lira es un humorista a pesar suyo. No busca el chiste por el chiste. Hay algo más, algo que primero mueve a risa y luego a la reflexión.

No quisiera privarlos del placer de comenzar pronto la lectura, por eso termino diciendo que Lira con notable valentía, con su gracia innata y su gracejo natural fue recogiendo aquí y allá pequeños detalles, observaciones diferentes hasta conformar un todo y estructurar este libro, esta pequeña obra maestra que hoy está en vuestras manos y cuya primera edición, seguramente se agotará rápidamente.

El éxito lo doy por descontado, porque todo lo que hace Eugenio Lira es extraordinario, notable y lo digo yo que lo conozco bien.

EUGENIO LIRA MASSI

N. del A.: ¿Cómo estuve? Me salió regularcito no más porque estaba apurado. Disculpen.

CAPITULO I

Estos originales quedaron botados como seis meses. Los empecé a escribir para entretenerme. Luego tomó cuerpo la idea de hacer un libro y hasta lo anuncié, pero como soy bueno para empezar cosas y luego dejarlas botadas, un día simplemente me desentendí de todo y punto. De vez en cuando me daba algún cargo de conciencia; pero eso lo arreglaba rápidamente. Iba donde un amigo escritor o me ponía a conversar con Baltazar Castro (esto no quiere decir que no considere escritor a don Balta. Muy por el contrario, creo incluso... bueno, pero eso lo diré a su debido tiempo). El hecho es que les contaba lo que me ocurría y ambos me respondían lo mismo. "Así es la cosa. Hay que escribir sólo cuando se tiene ganas. Es la única manera que salga algo bueno. Tranquilizado, me dedicaba a mis cosas y del libro, si te he visto no me acuerdo.

Pero todo cambió. Se fueron las vacas gordas y llegaron las flacas. Parece que todos se pusieron de acuerdo para echarme al mismo tiempo y de un día para otro quedé tamboreando en un cacho y con muy pocas posibilidades de trabajo. Había

que inventar algo y me acordé del famoso librito que estaba escribiendo. Entonces me decidí a terminarlo, pero no ya como una entretención, sino como una tarea, una tarea con un fin específico que no es el caso explicárselo a usted. (Imagino que compró el ejemplar, que está leyendo y ahí voy yo en un porcentaje).

El hecho es que lo terminé en cuatro días, a razón de diez senadores cada 24 horas. No se puede negar que como prueba es un record y que la necesidad tiene cara de hereje.

Pero ahí sobrevino otro problema. El libro estaba terminado pero le faltaba el primer capítulo, éste. También le faltaba el título. No diré cuántos pensé, pero fueron muchos. En definitiva quedó: "La Cueva del Senado y los 45 Senadores".

Ya sé que todos están pensando mal y creyendo que yo estoy relacionando un poder del Estado y sus miembros con el famoso cuento. Falso. Primero, porque el Senado es una verdadera "cueva", luego diré por qué. Segundo, los "otros" eran 40 y éstos son 45; además, aquellos eran ladrones y estos son "honorables". Quien piense entonces que existe una relación entre el título del cuento y el título del libro, estará igual que esa niña tan delicada, pero tan delicada, que peleó con su novio porque lo sorprendió silbando canciones de doble sentido.

Cualquiera que entra al Senado se siente en una cueva. Parece que el arquitecto que hizo los planes estaba listo para el siquiátra o sabía que el local sería destinado a usos políticos que necesitan de todos esos vericuetos para desenvolverse en forma normal.

Oscuro, lleno de pasadizos misteriosos, puertas que nadie sabe a dónde conducen, el Senado es un laberinto para cualquier novato. A muchos les ha ocurrido —y me pasó a mí— andar horas dando

vueltas y vueltas tratando de encontrar la salida y volver siempre al punto de partida.

Sin ventilación, con luz artificial permanente, los pasillos son frescos y las salas calurosas. Pesadas cortinas, gruesas alfombras y mullidos sillones crean tal ambiente de flojera, que basta caminar o sentarse para que venga el sueño. Todo es cómodo, demasiado cómodo y demasiado ajeno al ritmo vertiginoso de vida en las calles. Quizás sea por eso que los proyectos, o se pierden entre los mil vericuetos o caminan con paso de carabinero en cuarto turno.

Nunca he visto a nadie correr por esos pasillos ni hablar a gritos. Si en vez del color rojo de alfombras y cortinas, predominara el blanco, se creería que se trata de un hospital y que los señores que sesionan están muy graves. Y al ver la solicitud con que son atendidos, esta impresión se confirma. Basta que hagan sonar sus dedos para que acuda un ujier y vuelva rápidamente con un vaso de horchata, granadina, jugo de naranja o té frío. Basta que levante un sobre cerrado para que otro ujier vaya presuroso a recibirlo y vuele a echarlo a un buzón o envíe a un guarda a dejarlo por mano.

Son pequeñas regalías que se justifican si se toma en consideración que caballeros de cierta situación neconómica, edad más o menos avanzada, salud precaria y posición social, deben trabajar en tan insalubre local (no confundir insalubre con sucio). Así como los radiólogos, los patólogos, los tiras y otras personas que ejercen profesiones peligrosas, los senadores tienen también pequeñas ventajas que hacen más llevaderos los riesgos.

Ganan una dieta bastante aceptable que se fijan ellos mismos y que hacen que el Senado jamás dé el triste espectáculo de llegar ante una Junta de Conciliación con pliegos de peticiones insatisfechos

o vaya a la huelga. Trabajan desde el 21 de mayo hasta el 18 de septiembre y si el Ejecutivo se los pide, trabajan también otros meses del año, para demostrar su buena voluntad y patriotismo Sesionan dos días a la semana y cuatro horas seguidas.

La Patria entonces está en deuda con ellos y hace bien en recompensarlos en parte proporcionándoles dos secretarios, estacionamiento gratuito, entrada liberada al Estadio Nacional, pasajes libres en LAN Chile, en la Empresa Marítima del Estado, franqueo gratis, útiles de escritorio, oficina, almuerzo, onces, todo cuanto pidan en horas de sesión y un micrófono, para que cuando tengan que levantar la voz no griten como los rotos.

Hay que tener vocación de servicio público para dedicarse a tan sacrificada actividad. Prueba de ello es que, pese a que se exige solamente ser chileno, saber leer y escribir, tener más de 35 años de edad y estar inscrito en los registros electorales, sólo cuarenta y cinco personas son Senadores de la República.

En las páginas que siguen aparecerá cada uno de ellos tal como los he visto, de manera que que cualquier semejanza entre los personajes que voy a presentar y senadores de la vida real no es simple coincidencia.

Cada cual que saque las conclusiones que quiera. En cuanto a los afectados, que tomen lo que de ellos diga, como mejor les parezca. Me tiene sin cuidado. Si les parece bien, bien. Si nó, pueden aplicarme diferentes leyes de las cuales son autores o cómplices. La Ley de Seguridad Interior del Estado, la Ley sobre Abusos de Publicidad. Cualquiera.

Lo que es yo, por mi parte, les aplicaré con todo respeto la Ley de Moraga.

Adelante y sea lo que Dios quiera.

CAPTULO II

LOS RADICALES



Al militante radical se le puede reconocer fácilmente en la calle por su facha de profesor, aunque sea comerciante, científico o analfabeto. No necesita llevar la insignia del partido en la solapa. Tampoco necesita decir si está en el Gobierno o la oposición, o si es "base" o dirigente, o regidor o parlamentario, o miembro del CEN.

Todo se advierte a simple vista.

Cuando son "base" o el partido está en la oposición, se les ve atrasados en el vestir. El ternito plomo, cruzado, de corte antiguo, luce brillante en la espalda y abajo. La camisa blanca muestra un cuidadoso zurcido en la pechera para disimular los portillos que le hicieron las puntas del cuello duro, y unas pocas hilachas en los puños. La corbata también está brillante y las limpiezas con quillay no han podido quitarle las manchas del causeo. Los zapatos tienen el taco gastado y una rotura en el dedo chico que tratan de disimular con pomada. Siempre los andan trayendo muy brillantes. Son fanáticos de la lustrada, vicio que tienen todos los que están cesantes o han estado en cana (para matar el tiempo no

hay nada mejor que lustrarse. Vean a los Carabineros de la Guardia de Palacio). No tienen abrigo y para paliar el frío en invierno, se cañonean. De ahí que no haya ningún radical en desgracia que no tenga la nariz colorada.

Pero a veces los tiempos cambian. "Volverán, volverán, volverán, los gloriosos radicales volverán". El partido ha entrado al Gobierno o el militante al Parlamento.

Entonces...

¡Adiós frío! Se compran un abrigo de piel de camello con hombreras de este porte. Terno azul de alpaca en verano y grueso con rayas en invierno, con un pañuelo blanco que asoma sus cuatro puntas en el bolsillo chico. Los más exóticos se asoman tres.

Se empiezan a echar toda clase de cosas encima. Colleras, prendedor de corbata, llavero con cadena de oro, se pintan las uñas. El vino es reemplazado por whisky y fuman puro. No juegan al cacho, al dominó ni a la brisca rematada. Se aplican al Tele, van al Casino y le hacen empeño al bridge, mientras las señoras practican canasta.

Cuando la situación se les hace sólida se compran un auto grande, con hartas latas cromadas.

No todos son así, naturalmente, pero hay muchos. Además, toda regla tiene su excepción.

Pero ahora no se trata de hablar de los radicales en general, sino de diez honorables caballeros en particular:

Don Cheque

Para hablar de Exequiel González Madariaga, "Don Cheque", hay que emplear su mismo lenguaje. Un lenguaje que esté de acuerdo con su pelo increíblemente blanco, con su espalda encorvada, con sus anteojos de fino marco de oro, con su andar característico en que sólo se mueven las piernas de las rodillas para abajo, con sus albas camisas, con su chaleco que no abandona ni aún en el verano, con eso que tienen estos caballeros que parecen no gastar la ropa ni arrugarla, que no se ensucian jamás las manos, no se despeinan, no traspiran ni gastan los zapatos.

Es tan antiguo Don Cheque que para retratarlo no encuentro nada mejor que ésto:

Conversando con un periodista sobre cosas de hombres le dijo:

"¿Va a creer, mi dilecto amigo, que yo, a mis años, todavía cojo mujer?"

¿Cómo lo va hallando mi estimado lector?

Así es don Cheque. Emplea palabras que ya nadie usa. Por ejemplo, Tomás Pablo, que lo mo-

lesta muchísimo en las sesiones, para él es un chiquillo, un muchacho, pero en vez de emplear estos términos que seguramente considera coléricos y a go-go, le dice "el mozo Tomás Pablo ha dicho..."

"Créanme que en la calle vi a un mancebo vestido en la forma más ridícula".

En su casa seguramente regala a sus invitados con un traguito de mistela y algunos alfajores.

Las sesiones suelen ponerse a veces divertidas. Los honorables caballeros amanecen un día con la cuerda y se echan tallas sin perjuicio de seguir discutiendo cuestiones de fondo. Don Cheque no les acepta, pide la palabra y protesta porque "advierdo cierta frivolidad en el debate de materias de suma importancia".

Trabajador incansable, don Exequiel González Madariaga ha tomado bajo su responsabilidad todos los problemas limítrofes de Chile. Es un verdadero tábano de la Cancillería. Cada declaración que hace sobre estos asuntos el Ministerio de Relaciones Exteriores, provoca en forma inmediata una declaración de don Cheque. A favor o en contra. "Advirtiendo frivolidad en el manejo de asuntos tan delicados como el patriotismo" o "felicitándose en la forma más efusiva de ser ciudadano de un país que cuenta con un Ministerio que sabe encarar con seriedad y ajustado derecho, problemas como el que nos preocupa".

El Senado, sin don Cheque no sería el Senado. Le da el toque solemne, grandilocuente. Si cualquier día don Cheque apareciera envuelto en una túnica blanca, se verían ridículos los demás.

Cuando se enoja camina con un hombro caído, como si tuviera más corto el tirante de ese lado. Como los volantines con "ladiá". Los periodistas ya lo conocen y saben lo que vendrá, pero don Cheque se siente en la necesidad de comunicárselos:

—“Créanme, mis estimados amigos periodistas, que esta situación me tiene indignado y hoy hablaré “juerte” porque el Tratado de mil “novecientos-veinte” es muy claro al respecto. Suban, será interesante escuchar”.

Efectivamente entra, habla a gritos, se pone colorado y muchos temen un infarto. Pero no Don Cheque dirá todo lo que quiera, atacará al Ministerio de Relaciones, al Presidente de la República, a la Comisión Mixta de Límites, dictará una conferencia sobre el Pico de la Virgen, sobre el Beagle, apelará al Laudo de Su Majestad y terminará golpeando la mesa, pidiendo una sesión secreta y anunciando una declaración pública.

A la salida, ya más tranquilo se acercará a los periodistas:

—“¿Creen que estuve muy duro, mis queridos amigos?”

Y una última de don Cheque que lo retrata de cuerpo entero. Sesionaba el CEN y pidió la palabra:

—“Señores, he pedido la palabra porque quiero plantear a ustedes un serio problema, un delicado problema que afecta a las provincias que represento en el Honorable Senado, señores, para decirlo de una vez, me estoy refiriendo a la veda del choro... con perdón de doña Inés.

Don Hermes

Hermes Ahumada es difícil de definir. No ha tenido mayor lucimiento en el Senado, salvo cuando iba a ocurrir la transmisión del mando del Presidente Frei y él, por esas cosas del destino, estaba presidiendo el Senado. Se arrendó un frac para tan magna ocasión, pero su partido quiso privarlo del placer de usarlo al ordenarle que renunciara y dejara la mesa.

Nunca se ha visto a una persona hacer más equilibrios que don Hermes. Habló con Pedro, Juan y Diego, tratando de quedarse en el cargo. Por momentos se creyó que abandonaría las filas del radicalismo. Cualquier cosa antes que devolver el frac sin usarlo.

Al final salió con la suya.

Es estudioso y bastante latero.

No sabría cómo definirlo. Dicen que como médico es bastante buen abogado, y que, como abogado, es buen senador.

Vaya uno a saber.

Aguirre

A Humberto Aguirre Doolan le podrían decir "La Lola Flores" del Senado, porque siempre está haciendo sonar los dedos igual que las bailarinas españolas. En lo más encarnizado de un debate, cuando dos senadores están a punto de lanzarse los tinteros por la cabeza, se escuchan en la sala las castañuelas de Humberto Aguirre. Todos miran. Se cree que ha pedido la palabra y hasta el Presidente está a punto de decirle que espere su turno. Pero no. Lo que está haciendo es llamar a un ujier para pedirle un vaso de horchata o un té frío.

Quince minutos más tarde se repetirá la escena. Esta vez será un Mejoral para el dolor de cabeza, un sobre para despachar una carta. Siempre está pidiendo algo.

Es uno de los senadores más pedigüeños y debe ser por desquite. Ocurre que el senador radical vive un verdadero drama. En las provincias que representa hay exactamente 189 clubes de diverso tipo. De fútbol, de rayuela, de básquetbol, de rana, en fin de todo. Y los 189 clubes lo han nombrado "Director Honorario" lo que, en el fondo, no es ningún honor porque para los aniversarios del club, los fes-

tivales que organice el club, las pascuas y los años nuevos, el "Director Honorario" no puede desteñir y tiene que mandar un engaño. Además, es presidente del Instituto O'Higginiano y además, es sobrino de don Pedro Aguirre Cerda, y tampoco puede desteñir. Cada vez que se pronone hacer. inaugurar o ponerle a algo el nombre del ex mandatario, don Humberto tendrá que ponerse de pié y gritar ¡Que lleve también mi firma!

Se comprenderá entonces, que el señor Aguirre Doolan apenas tenga tiempo para intervenir en el Senado y que toda su actividad se reduzca a aportar los discursos de los demócrata cristianos con frases ingeniosas porque hay que reconocer que es harto gracioso.

Muchos tienen una idea errada de este senador radical y creen que hasta podrían venderle un buzón. Probablemente lo consigan, pero no deben sorprenderse si reciben a cambio el cerro Santa Lucía y se encuentran de repente, pagándole la diferencia.

Juliet

Raúl Juliet es una cabeza con fuero. Es uno de los senadores más cerebrales que existen en el país. Con gran capacidad de pensamiento. Con más seso. En una palabra, el que tiene más cabeza de los radicales. Nació así. ¿qué le va a hacer? Y no seré yo el que venga aquí con chistes de mal gusto. Eso dejémoselo a Raúl Rettig en la época en que tenía sentido del humor, menos años y no andaba a la siga de la Universidad de Chile para constatar si hace dos o tres goles.

Actualmente, Juliet y Rettig no se saludan casi. Dicen que esta enemistad viene de antiguo, de una vez en que ambos eran parlamentarios y estaban trabajando en una comisión. Las malas lenguas aseguran que luego de dos o tres horas de labor intensa, Raúl Juliet mandó a comprar una aspirina.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rettig.

—Me duele la cabeza.

—¿No te puedo creer! ¿qué parte de la cabeza te duele?

—No sé. Me duele toda la cabeza.

—¡iii! Toda la cabeza?!?!... entonces compra una tortilla de aspirinas. Una no te va a hacer nada.

Desde entonces Juliet no perdona a Rettig.

El senador radical es así. Grave y circunspecto. Cuando habla, parece que tuviera una papa atragantada. Es grandilocuente y para decir cualquier cosa se demora una eternidad. Julio Durán, en su lenguaje tan folklórico, asegura que cuando una persona es nombrada Ministro de Relaciones Exteriores, lo primero que hace es ponerse calzoncillos almidonados y no sacárselos más. Raúl Juliet fue Ministro de Relaciones y a veces dan ganas de pedirle que se baje los pantalones, para ver si es cierto lo que dice su correligionario.

Perdona cualquier cosa, menos que se atente contra la solemnidad.

Carlos Martínez Sotomayor (Chicharrita) cuando era Canciller, descubrió que lo mejor para evitar críticas era consultar a los ex ministros de Relaciones. Cada vez que había algo importante que resolver, los citaba a su despacho para cambiar impresiones. Los caballeros se sentían muy importantes y eran los mejores defensores de la política externa. Naturalmente Raúl Juliet iba siempre, hasta que en cierta ocasión estimó necesario darle algunas lecciones al joven secretario de Estado. Chicharrita lo escuchó pacientemente y cuando Juliet se dio vuelta, para conversar con otro Ministro, Martínez le sacó la lengua. En eso estaba cuando don Raúl volvió inesperadamente su gran cabeza y lo pilló. Nunca más ha pisado el Ministerio.

Y tampoco saluda a Martínez.

Miranda

Qué lamentable debe ser para un senador y presidente de partido como don **Hugo Miranda**, que una persona imaginativa y observadora como yo no tenga nada que decir de él. Sinceramente debía preocuparse.

De ésto sólo me he venido a dar cuenta ahora, cuando trato de destacar cuatro o cinco cosas de él. Vestido siempre de azul, sentado siempre en el mismo sitio no lo he visto nunca hacer una indicación, entrar en una disputa o pedir la palabra. No pide ni horchata para no tener que hablar.

Como aquí no se trata de pelear con nadie, habrá que decir que tiene una gran vida interior.

¿Por qué está donde está? es algo difícil de explicar. Tal vez él podría sacarme del apuro. Bastaría una carta, o un telegrama, puesto que es hombre de pocas palabras.

Don Humberto

Si no existiera el Senado habría que inventárselo a **Humberto Enríquez Frödden**. No tiene facha de otra cosa. Tal vez de rector, pero aunque el título le cuadra porque la palabra sugiere fuerza, decisión, y etcétera, etcétera, la función no. Un rector es simplemente un director a otro nivel y debe preocuparse tanto de cosas importantes como de problemas domésticos de su establecimiento. En cambio un senador es un senador.

En don Humberto (es de esas personas a las cuales hasta los más viejos jamás omiten el "don" en su tratamiento) el Frödden se impuso al Enríquez y resulta natural que muchos le digan El Alemán. Alto, erguido, de ademanes enérgicos, da siempre la impresión de estar a punto de iniciar el desfile. Y que él irá a la cabeza, naturalmente.

Irradia autoridad. Algunos se ríen, pero a sus espaldas. Lo imitan, pero donde no los vea. Lo pelean, pero cuando llega: "¿Cómo está don Humberto? ¿Bien?"

Y don Humberto, con un cigarrillo entre los dedos, lo mirará desde lo alto de su metro 85 para

terminar respondiéndole con otra pregunta:

“¿Y por qué iba a estar mal?”

En el Senado interviene poco, pero basta con que se siente entre sus colegas de partido, para que todo el mundo sepa que es el jefe.

En un partido donde cual más, cual menos, tiene su hachita que afilar, a Humberto Enríquez no le pueden sacar nada.

No se le conoce un negociado y ni siquiera se lo han podido colgar, lo que ya es mucho decir. Podría ser un hombre rico y tiene exactamente lo que gana. Y lo que gana se lo gana trabajando. (¿Puede hacerse mayor elogio a un radical?).

Esto en cuanto a su vida privada. Ah, pero en su vida política la cosa cambia porque es exactamente igual y eso sí que no se lo perdonan.

Cuando el partido está en la izquierda lo tratan de derechista y reaccionario. Cuando está en la derecha, es un izquierdizante. Lo que ocurre es que “el péndulo” se mueve, pero Humberto Enríquez no. Se hizo radical porque se identificó con eso de “socialista, laico y democrático”. No se le ha olvidado más. No tiene la culpa de tener mejor memoria que el partido.

Y este señor tan serio, tan enérgico, tan circunspeto que parece que no contara chistes ni en los velorios, es un baúl de anécdotas, dichos populares y frases divertidas. Su mejor arma política es el chascarro oportuno. Sus adversarios dentro del partido tiemblan cuando don Humberto sube a la tribuna y comienza con sus historias. Generalmente termina dando vuelta a su favor una Asamblea o una Convención. Como ocurrió en Panimávida.

El partido radical estaba en difícil situación. Cosa curiosa, no sabía qué camino tomar. Todos los

oradores estuvieron de acuerdo en que el culpable era el presidente, Humberto Enríquez, porque no había hecho esto o lo otro. Escuchó todas las críticas sin defenderse y sin inmutarse. Cuando le tocó el turno estaba liquidado, nadie daba una chaucha por él. Esperó que se tranquilizaran los ánimos y se largó:

“He escuchado todo lo que aquí se ha dicho. Palabra que esto me hace recordar la historia de don Chuma: “Don Chuma” era un huaso tranquilo, callado, que no se metía con nadie en el fundo. Hasta que un día se les ocurrió a todos que “Don Chuma” debía amansar un caballo chúcaro. “Don Chuma” protestó pero no hubo caso. Lo llevaron y lo subieron al animal. ¡Para qué les cuento! El caballo se puso a corcovear y “Don Chuma” arriba. ¡Agárrese “Don Chuma”! —le gritaban otros peones—. ¡No afloje “Don Chuma”! ¡Afírmese “Don Chuma”! ¡Que no lo bote “Don Chuma”! En una de esas, el caballo dio un corcovo más fuerte y “Don Chuma” se sacó la mugre en el suelo. Allá partieron todos a pararlo y sacudirlo. ¿Ve pues, “Don Chuma” —le dijeron—, lo que le pasó por no hacernos caso y agarrarse? Entonces “Don Chuma” sobándose los machucones les dijo: ¡Claro, todos ustedes me gritaron que me agarrara, pero nadie me dijo de dónde!”

No pudo seguir. Primero las carcajadas, después la ovación y “Don Chuma” siguió presidiendo el partido.

Pero estas salidas graciosas de Humberto Enríquez no siempre son afortunadas en el plano familiar. Un día su madre estaba de visita, en Concepción, en la casa de unas tías o hermanas de Renán Fuentealba, que en ese entonces era Presidente de la Democracia Cristiana.

De repente, con la mejor intención del mundo, la señora Frödden propuso que escucharan por la

radio el discurso de su hijo en un acto público.

—“...el señor Renán Fuentealba, anda por ahí injuriando a los radicales. ¡Qué se habrá imaginado ese chico flacuchento que parece “charqui de gato”...!

Ya era tarde para apagar la radio y también para que la mamá disculpara a la criatura.

Así es “don” Humberto, el caballero tan grave, tan serio.

Jonás

Una vez, en una sesión del Senado, se dejó llevar por una inspiración y declaró categóricamente que él estaba de acuerdo con lo que sostenían los señores Ortega y Gasset. La carcajada todavía se escucha.

Siempre que habla **Jonás Gómez** hay risas en la sala y no es porque el senador radical sea muy gracioso para sus cosas. Pasa que solamente mete su cuchara para aportillar discursos, para preguntar "cómo va ahí la zona norte". Cuando habla en serio le suelen ocurrir percances como el anotado.

Jonás Gómez tiene cara de todo, menos de senador. Podría ser un cabro chico y taimado, con un mechón de pelo siempre en la frente y hablando cualquier cosa con tal de molestar. También podría ser un púgil retirado y hasta en actividad. Tiene la nariz quebrada y el andar típico de los hombres que estuvieron muchos años en el ring y que tenían una defensa débil. Es decir, que fueron muy machucados. ¿Me explico?

Hablar de Jonás Gómez es hablar de Maurás y no se puede nombrar a Maurás sin que salga a cola-

ción Jonás Gómez. Enemigos irreconciliables pese a ser senadores por la misma agrupación electoral y por el mismo partido político. Ahora Jonás es feliz porque Maurás fue expulsado. Mauras es feliz contando que no se podría repetir el episodio bíblico porque Jonás se comería la ballena.

Cheque que le rebota a Maurás, lo pelotea Jonás.

—No me extraña porque es un bellaco —dice Maurás.

Y aumenta el acordeón que tiene Gómez en la misma medida que aumenta el odio de Juan Luis.

Pero en esos juicios tan personales no me meto. Lo único que sé, es que hay senadores que tienen sus dudas sobre las luces mentales de su colega, pero Gómez siempre se las arregla para estar en primer plano. ¿Cómo? Ese es un misterio. Unos dicen que es cuestión de dinero, que para sus campañas se manda a hacer globos de propaganda a Hong Kong y bota plata a manos llenas. El se defiende diciendo que tiene unos "negocitos" con sus hermanos. Se habla de pesqueras en sociedades poco doctrinarias con personeros de Gobierno. Se habla de máquinas de coser. Quizás. El hecho es que Jonás Gómez no da puntada sin hilo.

Lucho

El rasgo principal de **Luis Bossay Leiva**, es su simpatía. Cuesta mucho verlo enojado. Casi es imposible. La sonrisa nunca lo abandona ni aún cuando la suerte le da la espalda. Claro que si ocurriera esto tendría que andar siempre más enojado que un socialista.

Siempre se las ha arreglado para estar en el primer plano de la política y se le menciona constantemente como candidato a la Presidencia. Ya lo fue una vez y el resultado lo saben todos. Pero para medir el sentido del humor de Bossay basta recordar esa oportunidad en que hasta sus mismos correligionarios le jugaron chueco. Tan pronto supo que se había ganado una inmensa cola, invitó a todos los redactores políticos a su casa en Valparaíso. Fueron todos y entre comida y tragos se empezó a hablar de la mala suerte del candidato derrotado. Don Lucho era el que más gozaba cuando todos se pusieron de acuerdo en que debía ser víctima de un maleficio y se ofrecieron a arrancarle el mal en una ceremonia Vudú. Luis Hernández Parker aseguró que sabía hacer esas cosas y se llevó a todos los invitados al dormitorio de Bossay en

el segundo piso para efectuar el rito. Por supuesto que el dueño de casa los acompañó gustoso. El "sumo sacerdote" explicó que el asunto consistía en que todos se pusieran a tiritar en su sitio y a dar gritos hasta que los poseyera el demonio. Entonces tenían que ponerse a saltar más y más fuerte. Al principio fue una gran chacota con risas y carcajadas pero, poco a poco, los efectos del trago lo hizo tomar impulso y la casa parecía querer irse abajo en cualquier momento. En honor a la verdad, hay que decir que a la casa no le ocurrió absolutamente nada, pero con el movimiento se desprendió una valiosa lámpara de lágrimas que se hizo añicos sobre la mesa del comedor enchapada en raíz de nogal. Bossay jamás ha querido avaluar los daños de la ceremonia vudú destinada a quitarle la mala suerte.

Pero sigue sonriendo y dando lecciones de economía, y ambas cosas no dejan de ser paradójales porque en negocio que se mete quiebra.

Bossay ni se inmuta. Sostiene que Diego Portales quebró muchas más veces que él, fue mucho más mal comerciante y, sin embargo en el Día del Comercio jamás falta una coronita al pie de su monumento.

Se puso a importar té y a la gente le dio por tomar café. Decidió que era Valparaíso lo que le traía mala suerte y se trasladó a otra localidad. Allí instaló una industria de cocinas a gas de cañería. A los quince días hizo su entrada el gas licuado.

Pero ahí está Lucho Bossay en el Senado, riéndose, conversando, dando lecciones de economía. Bien dicen que no hay gordo triste.

“El Profesor”

Tanto he oído hablar del “Profesor”, que ahora cada vez que veo en el Senado a **Alberto Baltra** me dan ganas de decirle “presente” y pedir disculpas por no haber estudiado. Y como todo profesor debe tener un sobrenombre —única cosa que no se olvida del colegio— celebré mucho a un senador radical que le puso a su nuevo colega “Cara de etiqueta de veneno”.

En realidad al Profesor sólo le faltan las tibias cruzadas y la palabra “Veneno”. Esto naturalmente podrá rebajar mi nota de conducta, pero confío en el sentido del humor de don Alberto. Trató de demostrarlo en su primera conferencia de prensa, (juró hace pocos meses como senador) pero lo único que consiguió articular fue una cosa parecida a la risa. Un ¡jó! muy seco y muy cortante que no es una risa, pero que produce risa (¿se entiende?).

Tiene fama de hombre serio, cumplidor de su palabra, íntegro y otras palabras que se usan para referirse a un prócer o a una persona que murió.

En el Senado aún no se le ha visto en acción. Se sienta y observa en silencio. Como en el

chiste del hombre al que le vendieron por loro una lechuza pintada de verde y que para justificar al pájaro decía: "claro, no habla, pero se fija mucho".

En su primer contacto con los periodistas dijo que antes de hablar del pasado prefería pensar en el futuro, de manera que habrá que esperarlo.

Durán

¿Cómo se puede retratar a Julio Durán?

Así:

Un periodista radial lo aborda en los pasillos del Senado. Levanta su micrófono, echa a caminar la grabadora y pregunta:

—“Senador Durán, tomando en consideración las resoluciones aprobadas en la última Convención Radical, el momento político del país y las declaraciones del Departamento de Estado en relación al problema socio económico por que atraviesa América Latina, ¿qué le parece a usted el proyecto de Ley enviado por el Ejecutivo al Parlamento?”

—“¡Me parece una huevada. El Gobierno la cagó!”

Ese es Julio Durán Newman.

Terminante, categórico y mal hablado.

¿Un roto? No, a veces sí. También es un caballero. Si está sentado cuando llega una dama, se pone de pie, le acerca una silla, la atiende con delicadeza. La conversación sigue plácida y casi ele-

gante; pero sólo hasta que Durán se ve en la obligación de emitir un juicio. Busca rápidamente la palabra adecuada y si no la encuentra suelta una de su vocabulario folklórico. En ese, adjetivos no le faltan y lamentablemente casi todos terminan en "ón". Si al que debe calificar es además su enemigo, entonces habrá un fino recuerdo de su señora madre o de ambos progenitores a la vez.

Es así. Tiene el garabato fácil. Se le sale, se le escapa, y lo dice con tal naturalidad, con tanta soltura de cuerpo que no resulta grosero. Porque una cosa es ser grosero y otra mal hablado. Los garabatos de Durán no ofenden, dan risa. Lo sabe y le saca gran partido.

También es boquisuelto. En un país de tontos graves, donde todos juegan a los misterios, a la reserva, el senador sureño las cuenta todas, aunque lo perjudique a él mismo. "Lo mejor es largarla en pelotas, que se sepa la verdad". Hombrazo para sus cosas, jamás se queja de nada. Puede recibir los peores ataques. Pone el cuero duro y aguanta. Cuando le llega su turno advierte: "Agárrate Catalina que vamos a galopiar". Y no hay quien lo pare. Entonces sí que las palabras fluyen solas de su boca, sin tener que poner los ojos blancos buscándolas. Y salen precisas, hirientes, categóricas, ofensivas, mordace, pícaras, formando una ráfaga que generalmente termina definitivamente con su víctima.

A Julio Durán no basta oírlo hablar, hay que verlo. Es un show. Maneja el arte escénico como el más consumado de los actores. Se sienta en la puntita de la silla, abre los brazos, imita voces, cuenta chascarros, adopta aires dramáticos. Aprovecha todos los recursos, desde el último chiste subido de color hasta los versículos de la Biblia. La risa, la sonrisa, el gesto airado, el ademán furibundo. Todavía no ha llorado, pero si alguna vez tiene que hacerlo, no dudará un instante y Eglantina Sour será

una alpargata insensible al lado suyo.

Durán nació para ser opositor. Para estar en contra. Esa es su salsa. Las cosas a favor no le salen, o le salen falsas y la gracia de "Julio" es ser auténtico. Ya tuvo una triste experiencia, cuando lo encumbraron como candidato a la Presidencia de la República. Debió hablar medido y sonó como tarro. Se hizo antipático porque no era él. Debía hacerle la pata a medio mundo, no ofender a nadie y eso no va con su temperamento. Siempre se ha abierto camino a patadas, contra la corriente, a garabato limpio, reconociendo como única regla de juego la Ley Moraga.

Le gusta pelear, le ha gustado desde chico y todavía se entrena casi a diario. Naturalmente no es el mismo de antes. Si hasta está medio pe'ado, pero si alguien le busca las cosquillas, cualquiera sea su porte o corpulencia, se llevará una sorpresa.

Es valiente como el solo.

Y cobarde como ninguno. Le tiene horror a las enfermedades. Lo aterra la idea de morir a causa de alguna afección grave. Si lo matan de un balazo o una bofetada no importa; pero en la cama, con un guatero en los pies, un termómetro en la boca, una bolsa de hielo en la cabeza, ¡jamás!

Dejó el cigarrillo para mejorarse de los bronquios que nunca tuvo enfermos; toma remedios contra una úlcera que no tiene; un vasodilatador para el corazón que le funciona perfectamente; una grágea para los riñones que jamás le han fallado.

La valentía casi suicida de Durán, le dura justo hasta la antesala de la consulta médica.

Todo un personaje este senador radical.

¿Radical?

Ese es otro punto. Es el más radical de todos y a la vez el menos doctrinario de sus correligionarios.

O sea, podría ser la insignia del partido.

Expulsado y vuelto al partido, no se está nunca quieto. A veces no pincha ni corta y a veces tiene al P.R. en el puño. Vive haciendo combinaciones, montando maquinatas, derribando al CEN o muñequando una Convención. Su descanso es la pelea. Dentro de su propio partido hay quienes lo odian y quienes lo admiran. Cada vez que el radicalismo se ha dividido, Julio Durán ha estado metido en el ajo. Para un lado o para otro. Ha sido de todo: derechista, izquierdista y al cateo de la laucha. Pobre y rico. Opositor y Governista.

¿Cuál es el verdadero Durán?

Todos y ninguno. En el fondo es como el español del cuento que cuando se está muriendo llama a su mujer para decirle:

—“Si me muero en Barcelona quiero que me entierren en Madrid... y si muero en Madrid, que me entierren en Barcelona...”.

—“¿Por qué?”

—“¡Por joder!”

En Durán hay mucho de eso, y quizás de cuántas cosas más.

CAPITULO III

LOS COMUNISTAS



Entre los comunistas hay que distinguir bien claro dos tipos: el comunista-comunista que es el obrero, el proletario y el comunista intelectual, que se deja barba y sabe mucho.

En el primer grupo podemos ubicar al maestro Toro, por ejemplo. Un viejito que conoció a Lafferté en el norte, se hizo comunista y morirá comunista. Lo han perseguido, lo han echado de las pegas, lo han relegado, lo han apaleado, y sigue igual, tratando de conquistar nuevos militantes para el partido entre media suela y media suela.

En el segundo grupo están los jóvenes universitarios que se dejan barba y fundan peñas folklóricas. Se saben todas las canciones de protesta y habrá que esperarlos a que se reciban para saber si seguirán siendo comunistas.

Un comunista-comunista nunca dirá Gabriel González Videla, dirá "El Traidor"; nunca dirá la Ley de Defensa de la Democracia, dirá "La Maldita" y siempre estará dispuesto a cooperar para una nueva rotativa de El Siglo.

El comunista intelectual entiende a Antonioni,

no se pierda película de Ingmar Bergman y por ningún motivo irá al teatro Santiago a ver "El Derecho de Nacer". Podrá hablar horas y horas de "materialismo dialéctico", "lucha de clases" de "realidades históricas" y el maestro Toro no le entenderá nada.

Con los comunistas se ha cometido un error. Todo el mundo les tiene miedo. Hasta los pacos arman unas alaracas tremendas cuando el P.C. hace una concentración. Se les tiene por seres malvados, que les pegan a las guaguas y a veces se las comen, cuando no se las llevan a Rusia. Partidarios furibundos del desorden, del caos. Unas bestias.

Y no hay tal. Son los rotos más buenas personas del mundo. Jamás trasgreden un reglamento o una disposición del tránsito. No discuten ni con los carabineros y cuando alguno lo hace, lo expulsan por pekinista.

Son tristes como caballo. Nunca tienen ganas de reírse y es explicable. A cualquiera se la doy que después de 8 horas trabajando aperrado, la célula lo mande con un tarro de pintura a rayar murallas hasta las dos de la madrugada con frases tan novedosas como "Fuera yanquis de Vietnam" o "Abajo los chiribonos"...

Físicamente un comunista se peina para atrás, andan siempre con chomba, usan calamorros y les falta un diente. Cuando llegan al Comité Central se lo ponen. Por eso a los senadores no les falta ninguno...

Corvalán, Volodia y Cía.

A los senadores hay que tratarlos en conjunto, porque todos son más o menos iguales. Es un disciplinado batallón marxista-leninista que entra en el hemiciclo con mucho más respeto que si entrara a misa. Respetuosos de los reglamentos, jamás interrumpen a un orador con frases hirientes o meten bulla durante las sesiones. Son tan respetuosos que nunca dejan de tratar de "honorable" a un colega aunque sea para decirle que es un carajo. Si los partidos tuvieran que uniformar a sus parlamentarios, los comunistas usarían de color gris, y si el Senado fuera un colegio de curas, se sacarían todos los premios de buena conducta.

Naturalmente que el jefe de la bancada comunista es el Secretario General del Partido, **Luis Corvalán**, pero hace lo humanamente posible para que no se note. Lo ayuda bastante la estatura y pese a ser un político antiguo, de lucha, que incluso ha estado relegado y sufrió flagelaciones y encarcelamientos, ha logrado tener menos brillo que un zapato de gamuza.

Quizás si lo más destacado en Corvalán es su esfuerzo por cambiar el acartonado lenguaje comu-

nista. En su afán por hacerlo más al alcance de las mentes proletarias, en todos sus discursos, cada cuatro o cinco carilla mete un dicho de moda o una frase vulgar. El resultado es deplorable. Por ejemplo, dice más o menos así: "Los sectores más reaccionarios de la política nacional están tratando por todos los medios a su alcance de quebrar el Movimiento Popular y aniquilar a los partidos marxistas. Nosotros les contestamos... ¡Naranjas!"

O bien: "La oligarquía criolla ha querido encontrar en la última declaración del Comité Central un desviamiento de la doctrina marxista. ¡Como nó pus Lucho!"

En las concentraciones, los comunistas que son muy disciplinados se ríen una barbaridad y lo encuentran de lo más ocurrente al compañero Secretario General, pero la verdad es que todas esas expresiones le salen muy falsas. En cambio resulta auténtico escucharlo decir que "las condiciones no están dadas", que "la mentira tiene piernas cortas", que fulano "enarbola las banderas piratas del anti-comunismo", que mengano "chapotea en el charco de la reacción" y que tal o cual partido desea "subirse" a determinado carro.

Tan iguales son para todo los comunistas que hasta tienen dos senadores con el mismo apellido y que no son ni primos: los Contreras. Nunca he logrado identificar bien cuál es cual. Solamente sé que uno se llama Carlos y otro se llama Víctor. Que uno es experto en economía y que otro (o a lo mejor el mismo), hace poco se quebró una pierna. Extraño caso el de los Contreras. Solamente los que tienen el carnet de militante al día con las estampillas reglamentarias pueden distinguir, sin estar mirándolos, cuál es la voz de don Carlos y cuál la de don Víctor. Un verdadero problema.

Esto me recuerda unos mellizos que jugaban

por la Selección Ecuatoriana de fútbol. Los dos eran exactamente iguales, con una diferencia: uno era malo y el otro era bueno. Como ocurre siempre, el bueno era como tonto para pegar puntapiés e insultar a los árbitros y generalmente terminaban por expulsarlo. En ese tiempo los jugadores no usaban número en las camisetas de manera que tan pronto el señor pito le ordenaba abandonar el campo los otros nueve jugadores corrían, rodeaban a los mellizos, los revolvían y se iba expulsado el malo.

Si en el Senado ocurrieran cosas semejantes, los comunistas podrían hacer lo mismo con los Contreras aunque no sé cual de los dos es el malo. Para mí que ambos son más buenos que el pan. Porque los comunistas son así, ya lo dije.

Por eso yo no puedo entender a quienes les tienen mala voluntad y viven pelándolos y poniéndoles sobrenombres o haciendo mofa de su disciplina partidaria. Les dicen "los cabeza de piedra", aseguran que cuando llueve en Moscú salen con paraguas en Santiago. Ni las damas se escapan de la maledicencia.

Es efectivo que la señora **Julietta Càmpusano** es muy seria y jamás se ríe. Es efectivo que usa generalmente trajes sastre de corte más bien varonil. Pero, decir que va al Comité Central para que le pongan el moño, me parece una canallada. Jamás diría yo una cosa semejante de una dama respetable, que la sé esposa ejemplar y madre cariñosa.

Volodia Teitelboim es otra cosa. Es una individualidad. No parece comunista. Parece más bien un durazno blanquillo con el cuesco marxista. Por sobre todo es un escritor y más que un escritor es un poeta. Quizás por eso se permite ciertas licencias como hacer chistes y decir frases ingeniosas. Es el más amistoso de los senadores comunistas y naturalmente el que mejor habla.

Su discursos son un deleite. Llenos de metáforas hermosas, adjetivos apropiados, frases irónicas, sólidos en el fondo, y elegantes, casi alegres en la forma. Desgraciadamente los tiene que leer él mismo y la voz no acompaña al cerebro.

Es el orador de las grandes ocasiones. Hay quien asegura que le tiene pica a Neruda porque estima que él debería ser el "Pablo" de los comunistas. Nada más falso. Son grandes amigos y él contó la graciosa anécdota del poeta una vez que ambos se encontraban parados en una esquina conversando y se acercó un señor desconocido. El tipo —cuenta Volodia— se acercó a Neruda y se produjo el siguiente diálogo:

—¿Y? ¿Cómo te va Reyes? Te acuerdas de mí?

—Sinceramente no —respondió el poeta.

—Estuvimos juntos en el Liceo de Temuco. ¿Te acordái ahora Neftalí?

—Ah, sí, claro...

—¿En qué te las estái machucando Reyes?

—Escribo cositas.

—¿Chis, linda la que aprendiste! ¿A tus años! Hace como yo tonto, trabaja en camiones. Eso da mucha plata ¿o no sabís que los escritores se mueren de hambre. Mira tú, la edad que tenís o no te conoce nadie. Si necesitái una manito, llámame a este teléfono y ahí vemos qué se hace... Chao, Reyes, gusto de saludarte".

Como se ve, Volodia Teitelboim tiene sentido del humor. Y si necesita otra prueba, ahí está el sombrero de terciopelo verde que usa con una pluma de faisán en la cinta.

CAPITULO IV

LOS NACIONALES



Desde el nombre los nacionales están equivocados. ¿Son extranjeros los demás partidos políticos? No. Y ellos tampoco son "nacionales". Son liberales y conservadores que se sientan juntos. Nada más. Cada cual sigue manteniendo sus propias características.

Los conservadores, por ejemplo, son caballeros respetables, sumamente católicos que andan invocando a Dios y no se pueden conformar de que los hijos le hayan salido demócratas cristianos. Fiducia ha rehabilitado a los menorcitos.

El conservador se viste en forma elegante, pero sin extravagancia. Siempre muy limpio, no arruga jamás la ropa. Usan gomina, especialmente los que tienen el pelo ondulado para alisárselo. Usaban chuletas antes que los coléricos las pusieran de moda. Suspensores y calcetines largos. Nunca una mala palabra o un gesto brusco. En su casa mandan ellos y la señora es recatada y religiosa. Blusas de encaje, cuello subido y una resignación a toda prueba. Enviudan y no se vuelven a casar.

Los liberales son pícaros, de mente ágil y cochi-

nos para hablar. Eligen con cuidado la tela y el corte de sus trajes y los lucen con descuidada elegancia. No importa que los pantalones estén arrugados o que las mangas parezcan acordeones. De aire juvenil aunque tengan 80 años, se dejan el pelo largo y se peinan una vez al día.

Limpios y frescos, pero al lote. Generalmente usan sombrero del más fino paño pero no lo planchan nunca.

Alegres y buenos para las fiestas pisan la iglesia para casarse y nunca más.

La mujer liberal es por el estilo. Vestido con escote y si tiene las piernas bonitas, minifalda. Desenvuelta y chacotera, es capaz de tirarle todos los platos por la cabeza a su esposo si se queda afuera o se le pasa la mano con el whisky. Más amiga que madre de sus hijos. Capaz de bailar go-go y pedir la nulidad en cualquier momento, y arreglárselas lo más bien sola.

Con personajes tan diferentes se comprenderá que el Partido Nacional no pueda armarse y crecer. El peor error fue unirse. Ellos lo deben saber, pero ahí están sus seis senadores actuando de acuerdo y pensando distinto.

Pedro Ibañez

Si Pedro Ibañez hubiera sido futbolista, tendría que jugar de back centro, atrás donde hay que defenderse a puntapiés y poco importa la técnica. Si hubiera sido boxeador habría tenido que estar entre los peso pesados, que no tienen mucha agilidad pero aguantan mucho y pegan duro. Es un esforzado, un tanque, un elefante de buena memoria y piel dura.

Equivocado o no, es honesto con él mismo. Defiende sus ideas como puede, dando y recibiendo sin contemplaciones. Ha dicho de todo y le han dicho todo y un poco más.

No hay términos medios con Pedro Ibañez. Alguien que lo conoce bien, dijo que era "un comerciante que un día creyó haber ganado bastante y resolvió meterse en política y pelear por sus ideas relegando el dinero a un segundo plano". Puede ser. De otra manera no se explica que arriesgue tanto.

Naturalmente que un hombre así no irradia simpatía. Pedro Ibañez es de difícil digestión. Cuesta tragarlo y la mayoría de las veces atraganta.

Es perseverante. Como los toros agacha la ca-

beza y embiste a ojos cerrados; pasa de largo, una y otra vez, mientras le clavan banderillas por todos lados, pero en una de esas pesca al torero...

Se dicen muchas cosas del senador derechista: que llegó solamente hasta tercer año de Humanidades y tuvo la tupé de ser Decano de la Facultad de Economía; que durante el régimen de Alessandri usó muy bien su influencia y que sus negocios prosperaron como por arte de magia; Baltazar Castro le dijo una vez que se había tomado tan en serio el réclame de su producto, el Sí Café ("vaya al grano"), que a Chile le había dejado la pura coronta.

Todos estos ataques los ha escuchado Pedro Ibáñez estoicamente. Cuando vienen las injurias no se altera, no interrumpe tratando de contestar de inmediato. Se limita a sumirse en su asiento mientras la cara adquiere un extraño color plomo, como si mentalmente estuviera contando uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Terminada la diatriba pedirá la palabra y ya calmado desmentirá los cargos. "Hice todas mis humanidades, señor, y efectivamente no di exámenes porque mis notas eran tan altas que los profesores me eximieron". "Lo emplazo, señor, a que demuestre con pruebas lo que ha dicho del régimen del señor Alessandri y si no lo hace, me veré en la obligación de tratarlo en forma muy dura". "Al señor Castro no le contesto porque creo que ha sufrido un ataque histérico".

—"Pedro Ibáñez es tan anticuado para vestirse que terminará estando a la moda si no cambia"
—dijo un senador.

Y efectivamente va para allá. Fue el primero en usar camisas de rayas gruesas con cuellos —o muy cortos y redondeados en las puntas, o muy largos— y un prendedor debajo del nudò de la corbata. Siem-

pre ha usado chalecos con solapa, ternos de telas con vistosos dibujos. Excesivamente empaquetado.

Acucioso como todas las personas a las que el esfuerzo intelectual agota, recorta cuanta frase célebre encuentra, cuanta cita bíblica hay, cuanto dato de interés llega a sus manos y los archiva por materias. Los peladores sostienen que para hacer un discurso, a Pedro Ibáñez le bastan un par de tijeras, un frasco de goma y ninguna idea.

Pero ahí está en el Senado, peleando siempre, recibiendo siempre y siempre dispuesto a defender las cosas en que cree, como sea, aún con los puños si es inevitable.

Su mayor defecto es aportillar —con la mejor intención— los discursos que le parecen buenos. Y más de una vez he sido testigo de la cara que han puesto senadores de izquierda como Raúl Ampuero, cuando al término de un discurso de fondo, Pedro Ibáñez ha pedido la palabra para decir:

—“No tengo nada que agregar a lo dicho por el Honorable senador Ampuero. Sus palabras interpretan fielmente mis pensamientos...”

von Mülhenbrock

Del senador "nacional" **Julio von Mülhenbrock** sólo puedo decir una cosa con absoluta seguridad: en septiembre de 1969 renunciará al Partido Nacional. (Las elecciones son en marzo y siete meses es buen plazo). No creo que falle.

La característica de von Mülhenbrock es esa: inscribirse en un partido seis meses antes de una elección y renunciar siete meses después.

Es un nómada de la política. Una golondrina. Un gitano. Siempre se está yendo o llegando.

Fue nazi, agrario laborista, liberal; no quiso reconocer filas en el Partido Nacional, pero ahora está ahí. ¿Por cuánto tiempo? Eso ya está dicho más arriba, la prueba consiste ahora en adivinar adonde se irá.

Don Julio es hombre muy educado, con tanto tacto que en el Senado ni siquiera se nota que existe.

Jaramillo

Armando Jaramillo parece que se hubiera arrancado de una película argentina, en la que por cierto no interpreta el papel del rico agricultor que es, sino al galán fresco.

No me explico de dónde le viene este complejo de compadrito arrabalero. Ni si quisiera caracterizarse lograría un mejor efecto. Peinado a la gomina, al estilo Valentino. Trajes nada discretos, Zapatos de gamuza, blancos con café o negros de charol. Corbatas multicolores y un pañuelo, del mismo dibujo, colgando fuera del bolsillo chico de la chaqueta.

Con esa pinta tiene que bailar el tango mejor que Cachafás. Cuando entra al Senado casi se sienten los compases del "Choclo", el "Patio de la Morocha" o "A las 7 en el Café", y uno inconcientemente piensa que va a sacar a bailar a Enrique Curti.

Excelente amigo, no tiene nada que ver con cuentos y visita en la cárcel a un socialista porque le cae bien. Va a una ceremonia en La Moneda porque Frei le cae simpático y va a dejar al aero-

puerto a Carlos Altamirano que parte a La Habana a participar en una conferencia donde lo único que se hará es ver la manera de liquidar la Derecha.

En su fundo "El Cardal" de Nancagua nunca falta una pieza, un lugar en la mesa, una manta y un caballo para el que quiera ir. Ahí la política no entra, solamente los amigos y no importa el color que tengan.

En el Senado sólo el vino le desata la lengua. No porque sea un borrachín puesto que solamente bebe agüita, sino porque es uno de los principales productores.

Curti

Nunca se podrá asegurar de qué color tiene los ojos **Enrique Curti**. Primero porque los tiene siempre cerrados y segundo, porque los esconde tras unos anteojos que parecen poto de botella.

Da la impresión que siempre estuviera durmiendo. A lo mejor está despierto y eso sería un error de su parte. Se habría perdido las siestas más sensacionales de su vida y no podrá convencer nunca a nadie que no lleva ocho años haciendo tuto con dieta.

Se hacen muchas bromas con el sueño de Curti. Si el senador que se sienta a su lado le conversa, no faltará quien proteste:

—¡Mira que es majadero Von Mülhenbrock. Hasta que le va a espantar el sueño a Curti!

Si mira hacia atrás o revisa un papel:

—¡Miren, se desveló Curti!

Otras veces se le ve sumido en hondas reflexiones:

—¡Curti está contando ovejitas. ¿Cuántas lle-

vará?

Jamás participa en un debate y para votar se limita a abrir un ojo y hacer un extraño movimiento de cabeza que el Secretario del Senado puede interpretar como quiera.

Nunca ha tenido un si ni un no con otros senadores, lo que podría demostrar que tiene buen carácter o tiene buen dormir.

Don Fernando

Dicen que **Fernando Alessandri Rodríguez** sigue siendo senador de la República y debe ser verdad porque a veces aparece en la sala e incluso vota. Me imagino entonces que los rumores son fundados.

Claro que este señor aparece sólo en las grandes ocasiones. En cuestiones trascendentales, cuando un voto puede cambiar el destino de la República en uno u otro sentido.

Lo primero que se ve cuando asoma, es el edecán que debe llevarlo del brazo hasta su sillón. Una grave afección a la vista lo tiene prácticamente inválido y el tono que estoy empleando podría parecer cruel. Pero más cruel aún es que sus colegas cuando necesitan el voto, no tengan ninguna clase y sean capaces de llevarlo hasta en camilla a la sala para que haga con la cabeza un movimiento de arriba de contemplaciones con su precario estado de salud abajo que significa sí, o de izquierda a derecha, que significa nó.

Se han hecho muchas bromas sobre ésto, pero no es el momento de repetir las. Como su padre, uno también tiene su corazoncito.

“don Pancho”

Es difícil escribir sobre **Francisco Bulnes Sanfuentes**. Ya sus apellidos son capaces de asustar a cualquiera, a cualquiera que se preocupe de los apellidos. Me importa un pito. Lo que me preocupa es pintarlo tal cual es, porque eso sí que cuesta y creo que podría llenar carillas y carillas, cosa imposible si quiero que esto se publique alguna vez.

¿Por dónde empezar? ¿Por su facha o por su manera de ser? ¿Por sus ideas...? ¿Por dónde? Empecemos por cualquier parte. Ya se irá dibujando la imagen de este senador derechista hasta la médula, con modales de príncipe y nariz de boxeador, respetado por todos sus colegas y distinguido varias veces por los periodistas como el mejor parlamentario.

Caso raro el suyo.

Es nieto, chosno y qué se yo de presidentes. Son pocas las páginas de la Historia de Chile en que no aparezca un Bulnes o un Sanfuentes, y nunca en calidad de arrenquines. Siempre mandando el buque.

Le tocó a don Francisco jugar políticamente —como diría un aficionado a la brisca— las “diez de última” de su familia y de una clase en extinción y,

a decir verdad, lo está haciendo con brillo, altivez e insolencia.

Para casi toda la gente es "el senador Bulnes"; para sus amigos y para los hombres de empresa como él, es "Pancho".

Para sus detractores, es "El Marqués".

Sobre esto último habría que decir algunas cosas. Por ejemplo, que el mote se le puso para perjudicarlo, para ponerlo en ridículo, para bajarle el moño y quitarle el aire suficiente.

Y resultó exactamente al revés.

Ni lo ha perjudicado, ni lo puso en ridículo ni mucho menos le bajó el moño. Por el contrario parece que hubiera sido un justo reconocimiento. ¡Si hasta lo hizo simpático!

Lo que ocurre es que Francisco Bulnes "es un marqués". Se puede dar el lujo de fumar hasta "Hilton", sacar la cajetilla con delicadeza suma y ofrecer el "fuñingue" como si se tratara del más exquisito cigarrillo turco hecho especialmente para él. Un roticuaajo con plata o un siútico de medio pelo jamás se atrevería a una cosa semejante —antes se muere tres veces— pero acepta gustoso el ofrecimiento de Bulnes y a la primera chupada ya le encuentra un sabor especial.

Nadie se atrevería tampoco en estos tiempos a go-go, salir a la calle con hallulla. El no. Llega el verano, saca su coliza, se la plantifica y parte con la cabeza muy en alto. "¡Qué distinguido se ve "Pancho" con hallulla, tú debías comprarte una!"

Es cuestión de personalidad y a Francisco Bulnes le sobra. Tiene tanta que en sus discursos llega a desconcertar. Nunca emplea una palabra que no pueda entender un niño de sexta preparatoria. Ahí es donde pesca a sus rivales. Casi todas sus inter-

venciones son notables por el sentido común, por la sencillez de los términos y la claridad de las ideas. Nada rebuscado. Dice cosas que otros jamás dirían por temor a parecer vulgares o tontos. Sabe que no es ni lo uno ni lo otro, por eso suelta lo que piensa, sin adornos de ninguna especie "No deja de tener razón "Pancho", yo pienso lo mismo". ¿Y por qué no lo dijo? Ahí está la diferencia.

En los debates del Senado siempre está como ausente. Parece que pensara otra cosa o que despreciara profundamente al orador de turno. Se para y sale, mirando de arriba a abajo con los dedos metidos en el chaleco, aburrido. Vuelve con la misma actitud indolente. Pide un té frío y pone la mirada en punto muerto. De improviso pide una interrupción en forma muy respetuosa.

—“¿Me permite, honorable colega? Yo soy derechista. Lo he sido siempre, no lo niego y estoy orgulloso de serlo, pero usted ¿qué es? Quiere parecer revolucionario, pero sabe que en el fondo es más derechista y reaccionario que yo... y le voy a explicar por qué...”

¡Y agárrese quien pueda porque se lo explica! Descubrió una grieta en la exposición de su adversario y no la va a dejar pasar, se meterá por ella, lo dará vuelta como a un calcetín, lo desnudará ante el resto de los senadores para luego volver a su aire indiferente y a su té helado.

Como polemista es temible. De gran agilidad mental, defiende con calor sus ideas. Se agita, levanta la voz, grita, golpea la mesa. Parece que de un momento a otro le dará un ataque. Al terminar la discusión, el espectador se encontrará que mientras su contrincante está despeinado, sudoroso, con el cuello desabrochado y la corbata suelta, al "Marqués" no se le ha movido un pelo, se ve fresco y dispuesto a comenzar de nuevo en cualquier mo-

mento.

Todo un caso. Sus enemigos le han buscado los cinco pies al gato para destruirlo. Hasta han llegado a sostener que su pelo motudo es señal inequívoca que entre sus antepasados un negro se metió de intruso. Nada han conseguido. El Marqués no los lleva ni en los tacos. Tal vez por eso lo respetan y en el fondo les gustaría que los invitara a su casa. Si lo consiguieran pasarían una velada feliz, porque hay pocas personas tan cultas y tan amenas como Francisco Bulnes.

Conversar con él es estar aprendiendo siempre cosas nuevas. Sabe de todo. Si de pintura se trata, conoce las escuelas, las técnicas y el nombre de cuanto pintor ha ensuciado una tela. Además, tiene el cuadro. Es un experto, pero un experto que también escucha la opinión de los demás, que a veces la comparte y hasta suele encontrar la razón. ¿De música? ¡Echarle no más! ¿Deportes? Se abanica, creo que hasta lee "Estadio" todas las semanas. ¡Si conoce al "Chita" Cruz!

Nada ignora. Está al día en todo y maneja los temas más variados como si ellos fueran lo más importante de su vida. ¿Cómo lo hace? ¿A qué horas lee? Ese es un misterio.

Pero su gran pasión es la Historia de Chile. Tocarle el tema es espantarle el sueño y hablarle de José Miguel Carrera (a O'Higgins no lo traga por razones obvias), es darle cuerda. Ahí si que no para, así sean las cuatro de la madrugada y haya que levantarse a las siete. Vida y milagros. Con lujo de detalles.

De sus ideas políticas mejor no hablar. No comparto una sola de ellas, pero hay que reconocer que es honesto consigo mismo y que así como hay aristócratas que posan de defensores de los rotos y que hay rotos que de puro arribistas defienden a los

aristócratas, él es un aristócrata que defiende a los de su clase. Está íntimamente convencido que los rotos están para trabajar, para ser mandados, dirigidos, encauzados y castigados duramente cada vez que se propasen y "traten de ponerse al mismo nivel de uno". Chile —para él— nunca estuvo mejor que en la Colonia.

Es un Marqués en comisión de servicios en una democracia.

Afortunadamente para la izquierda, pese a que se ve joven y ágil, ha anunciado su retiro de la política. Desea volver a las leyes y dedicarse un poco más a los negocios y ayudar así a sus hijos. (Es papá y abuelo chocho).

No me gusta el senador Bulnes, por reaccionario.

No me gusta "Pancho", por lo que representa.

Pero, "El Marqués"... ese gallo sí.

CAPITULO V.

LOS DEMOCRATAS CRISTIANOS



Es realmente complicado hablar de los demócratas cristianos. Debe haber uno cerca de su casa. Obsérvelo y llegará a la misma conclusión mía: no tienen gusto a nada.

Sin perfiles, son como empleados de tienda, vendedores de zapatos. Da la impresión que todos hacen imposiciones en la Caja de Empleados Particulares. Por aquí parece que va la cosa. Ya he descubierto algo: no tienen cara de patrón.

Van a misa todos los domingos y fiestas de guardar. Comulgan y se confiesan regularmente (no sé si confesarán todo). Escuchan cuentos cochinos y los celebran pero no los pueden contar —aunque les gustaría— porque carecen de gracia. No son pícaros.

Son como de colegios de cura, de Acción Católica. Cuando chicos es fijo que todos han sido boy-scouts y han juntado estampillas. Mientras sus compañeros coleccionaban las estampitas con niñas desnudas que venían en los cigarrillos ellos hacían herbarios. Seguramente ninguno de ellos gateó a la pieza de la empleada y sólo le vieron el ojo a la

papa después de pasar por el Civil. De ahí el entusiasmo.

Son buenos, ingenuos, bien educados, de excelentes sentimientos. Se les desgarran el alma cada vez que tienen que despedir a trescientos radicales o cerrar una revista.

Crédulos hasta decir basta. Al extremo de estar convencidos de ser revolucionarios.

¿Qué más puedo decir de ellos?

Que son ejemplares padres de familia. Minuto libre que tienen lo dedican a jugar fútbol con sus hijos. Claro que el menorcito lo pilla mal parado en una trancada y el papito se saca la mugre en el suelo. O pisa la pelota y se quiebra una pierna.

Dan ganas de quererlos, de protegerlos y estimularlos por medio de la prensa. Pero no se puede porque se apropiaron de toda.

¿Se da cuenta, compañero, que es difícil definir a los demócratas cristianos? Si usted me pidiera que lo hiciera en una palabra me pondría en un aprieto. Tendría que decir "cartulinos" y no quiero.

Pablo

Hablar de los demócratas cristianos es tarea difícil. En el equipo de senadores no hay ninguno que sobresalga mucho del resto y como todo debe tener cierto orden hay sólo dos posibilidades de hablar de ellos en forma individual: por orden de estatura o al reverendo lote.

Después de pensarlo mucho, me he resuelto por el segundo camino porque es el más lógico para quienes, en el terreno legislativo, actúan muchas veces de manera semejante.

Ahí está **Tomás Pablo**, el más vapuleado de los senadores de Gobierno. De él, qué no se ha dicho. Sus adversarios hasta inventaron el plato Tomás Pablo que, según ellos, es un guiso con criadillas, locos, patas y lengua. Este chiste bastante injurioso nació a raíz del ofrecimiento que hiciera a los peruanos de devolverles el Huáscar. Fue una de sus actuaciones más desafortunadas. Y lo palpó en carne propia cuando un periodista lo fue a buscar en taxi para que asistiera a un foro sobre el mismo tema. A manera de información, el reportero le preguntó al chofer que los conducía su opinión sobre el asunto.

—¿Qué le pareció a usted la idea del senador To-

más Pablo?

—¿Ustedes quieren la firme?

—Lógico—lo apuró el senador.

—Para mí que a ese gallo se le pasó la mano con los pisco sour y por eso se puso a ofrecer huevadas. Yo le sacaría la cresta.

Tomás Pablo todavía se ríe recordando la anécdota. Aguantó el chaparrón de críticas y no dijo ni pío. Y todavía no dice quién fue el autor de la idea. Quién lo llamó por teléfono sugiriéndole que ofreciera el Huáscar. Así es de hombreote para sus cosas.

Cuanto papel ingrato hay que cumplir en el Senado por cuenta del Gobierno, se lo encargan a Tomás Pablo. Se le ha visto hablar horas y horas de cualquier cosa, mientras recibe las burlas de sus colegas y las pifias de la galería, solamente para que el Ejecutivo gane tiempo y logre sus propósitos. Con una fidelidad verdaderamente conmovedora.

Para trabajar también es una máquina. En su provincia no para un segundo. Se come cincuenta empanadas, se toma doscientas cañas de tinto, aprieta las manos que haya que apretar y hace cuanto servicio le piden. Así junta sus votos, uno a uno. Es tan efusivo, tan cariñoso y tan brusco que muchos en Concepción votan por otro solamente para evitarse el abrazo de agradecimiento de Pablo.

Para todo es igual. Desarmado, sin ninguna pretensión. Es un Salvador Allende al revés. Los ternos parece que se los hiciera una señora curiosa porque siempre le queda una manga más larga que la otra, estrechos de hombros y cortas las chaquetas. Los pantalones parecen tripas de pollo y a media pierna, como si se hubiera colocado los zapatos muy abajo. ¿Zapatos, dije? Calamorros.

La camisa generalmente le queda estrecha de cue-

llo, larga de mangas y carece de uno o dos bñtones. Y no es por falta de medios. Ocorre que le da lo mismo parecer una bolsa de ropa sucia mal amarrada.

Este senador que parece un niño que hubiera crecido de repente y la ropa le quedó chica es el único que se lanza de cabeza en las peleas y, por supuesto, también el que más se aporrea. Pero qué le hace un revolcón más. ¡No le vayan a arrugar el traje...!

Prado

En Benjamín Prado tenían cifradas grandes esperanzas. Fue un Intendente de lujo. Con personalidad, peleador, hábil polemista y político de alta escuela. Pero algo le ocurrió al "Pata de Conejo" —lo llaman así porque aseguran que tiene tanta suerte que nunca pierde— y no es el mismo de antes. Parece que le diera vergüenza sacar la voz en el Senado y sus modales, habitualmente finos y delicados, dan tal sensación de timidez que cualquiera lo gritonea. Entonces Prado también se enoja, pero no sabe hacerlo. Se pone colorado y se le enreda la lengua.

Todavía no aprende que la Cámara Alta tiene algo de teatro, algo de circo y que hay que enojarse para la galería, para los taquígrafos. Es decir, para afuera, jamás hacia adentro porque entonces se tupe y dice todas las cosas al revés.

Ya le pasó una vez tratando de responder a Jaime Barros que lo subió y los bajó con versículos de la Biblia. Benjamín Prado pensó bien, eligió el versículo bien . . . pero lo dijo al revés:

—“A mi distinguido colega, Jaime Barros, yo quiero decirle lo mismo que dijo Cristo a sus discípulos:

“Haced lo que yo hago y no lo que digo... perdón, lo que digo y no lo que hago...”

La frase tan cuidadosamente buscada, perdió todo su efecto y provocó la inmediata respuesta de un senador más criollo que le gritó:

—¡Se equivocó, maestro, ese es el Padre Gatica que predica pero no practica...!

“pepe” Musalem

¡Qué extraño el caso de José Musalem! Fue lejos la primera mayoría nacional. Con sus votos sacó a la rastra a dos senadores más. Brillante diputado, empeñoso, peleador, estudioso. Líder de los empleados semifiscales, líder del comercio. Autor de un montón de leyes, del prenatal, del sábado inglés. Buen amigo, servicial. En fin, las tenía todas para ser un senador de lujo. Y una palabra lo tiró al suelo. Ahora casi hay que hablar de Musalem en pasado.

Desapareció del mapa. No se le ve, no habla nunca, no está nunca en Chile y cuando aparece hace lo posible por pasar inadvertido.

El culpable de esta transformación de Pepe Musalem es Carlos Altamirano. A raíz de los sangrientos sucesos de El Salvador se agarraron a puñete en plena sesión; pero eso no habría sido nada porque los machucones pasan. Lo que derrumbó al senador demócrata cristiano fue que su colega socialista le gritara ¡tonto!

¿Qué le ocurrió? ¿Un trauma síquico? ¿Se convenció que era? No me explico. Lo único que sé (y

con perdón de los lectores) es que el título de “tonto” lo cagó.

Patricio Aylwin

Es imposible describir a **Patricio Aylwin** si lo que se diga no va acompañado de una imitación de su voz porque ahí está toda la personalidad del senador demócrata cristiano. Tiene una voz clara, chillona, cantarina, aguda (no sé que más ponerle para dar una idea aproximada). Una voz muy fácil de imitar por las mujeres (hay una reportera política que lo imita igual), sin que por eso sea femenina. Una voz especial para un sacristán, para dirigir el rosario, "tercer misterio gozoso...", "Dios te salve María llena eres de gracia, el Señor es contigo". Una voz para ser escuchada en todo el templo sin necesidad de micrófono.

La voz y la risa, que es otra de sus cosas típicas y que consiste en apretar los dientes y abrir los labios, como en los réclames de pasta dentífrica. Cada una de sus frases va acompañada por uno de estos gestos que en ningún caso significan alegría. Más bien nervios o algo así.

Pulcro, limpio, sano; hablar con Patricio Aylwin es como hablar con una manzana. Pero con una manzana freísta. Es mucho más oficialista que "La Nación" y pelea tan mal como ella porque también se

sulfura.

Cuando era presidente del partido siempre le ocurría lo mismo. Empezaba a formular declaraciones mesuradas, cautelosas y poco a poco se iba enojando sin haber para qué, hasta terminar amenazando a medio mundo y gritando como malo de la cabeza. Esto último es un decir porque si algo tiene ordenado es el cerebro.

Buen expositor y brillante polemista, pero siempre que no lo interrumpían. En sus clases de la Universidad se lucía porque lo dejaban hablar tranquilo y se creyó que sería un senador sensacional. Lamentablemente, aquí se las tiene que ver con colegas y no con alumnos y la cosa cambia. Lo interrumpen, lo aportillan, le piden datos, le hacen bromas y Patricio Aylwin se desespera, grita, pierde las ideas y no puede explicar nada.

¡Cómo echará de menos los tiempos en que podía decir a su clase: "entonces el molinero lleva agua a su molino", y nadie se reía...!

Gormaz

Raúl Gormaz es otro caso raro dentro del equipo senatorial de Gobierno. Siempre asiste a sesión pero nunca habla. Está delicado de salud y se le nota. Pero yo creo que más que enfermo está aburrido de ser senador. Ya estaba aburrido de ser candidato, ahora no soporta la idea de tener que aguantarse ocho años. Es capaz de presentar una indicación rebajando el período a dos años para tener cumplida su condena y salir en libertad.

Era el más partidario de la idea de disolver el Congreso y llamar a nuevas elecciones. Mientras existió la duda hasta se le veía sonreír. Cuando se chingó, se le cayó la guardia. Se sienta arriba y a un lado. Vota disciplinadamente pero no conversa con nadie. Soporta estoicamente las horas de sesión y cuando ésta se levanta el también lo hace y se va.

Cada vez que lo veo, me dan ganas de recitarle como el médico a Garrick, "viajad y os distraeréis", pero capaz que me conteste "tanto he viajado" y entonces no voy a saber qué decirle. Y me callo.

“Rafita”

El senador **Gumucio** no es **Rafael Agustín**. Es “Rafita”. Decirle “Rafa” ya es tratarlo un poco mal y todos se pueden enojar con uno. Es el hombre bueno de la Democracia Cristiana. Es el Bernardo Leighton del Partido. Ideal para tenerlo de abuelito, de papá o de tío en el peor de los casos. Nunca hace problemas ni levanta la voz. Más que el respeto, se ha ganado el cariño de todos. No se puede ofender a “Rafita”.

Claro que “Rafita” administra muy bien estas cualidades. Se tira un poquito al suelo y consigue lo que quiere. Siempre está apelando a los buenos sentimientos de los periodistas. “Ustedes que son mis amigos no pueden decir esto”. “Ustedes que son tan buenos no me deben hacer esto otro”. “Yo que los estimo tanto quisiera aquello”. Y no se dice esto, ni se hace lo otro y “Rafita” consigue aquello.

Es uno de los fundadores del partido y los militantes demócratas cristianos son muy respetuosos de los viejos estandartes.

Nunca se ha sabido de un negociado de Gumucio. Su vida política es tan intachable, como que a sus

años se ha convertido en el líder de la Juventud y de los rebeldes. Pero no es colérico. No podría serlo con su facha de profesor primario buena persona. Moreno, canoso, encorvado, con grandes ojeras...

—¡Por Dios, "Gumu", cada día te pareces más a Gabriela Mistral!—le dice su señora.

Y Gumucio se ríe. Jamás reclama de nada. Sin embargo, el slogan de sus campañas es ¡Proteste con Gumucio!

Noemi

Muchas veces me han dado ganas de pedirle permiso al Edecán del Senado, entrar a la sala y mirar el pupitre de **Alejandro Noemi**. Estoy seguro que en la cubierta tiene marcado el metro con sus centímetros y decímetros.

Si un día cualquiera lo encontrara instalado en el portal Bulnes vendiendo medias, pasamanería, botones, elástico y alfileres de gancho, no sería ninguna sorpresa. Lo sorprendente es encontrarlo aquí, porque de lo único que no tiene cara es de político. Me dirán que para ser político no hay que tener una cara especial. Conforme. Pero aún así, no tiene cara.

Llegó al Senado en la rifa electoral de 1965, cuando todos los números demócratas cristianos estaban premiados de antemano. Antes le había hecho bastante empeño y nunca pudo, pese a ser gran amigo personal de Frei. Uno de los mejores.

No ha tenido lucimiento pero dicen que entiende los problemas de la minería, pero para mí que le cuesta hartito. A lo mejor no.

Renán

Cualquiera que lo ve en la calle y no está al tanto de la política, podría pensar que se trata de un ex jinete. Bajo, delgado, de movimientos nerviosos, a **Renán Fuentealba** le falta sólo el látigo en la mano y tener las piernas un poquito más arqueadas. Un conocido político, para definirlo físicamente dijo que parecía "charqui de gato". Creo que eso es injusto, como es injusto que se diga que Fuentealba se afeita con un sacapunta. Ciertamente es menudo, que tiene el mentón aguzado, pero hay otras cosas que destacan. Como todos los chicos es gritón, rosquero y mal genio. Es flaco de puro nervioso. No puede estar nunca quieto. No aguanta sentado más de diez minutos. En las sesiones entra y sale. Conversa con los periodistas, discute y repentinamente vuelve a la Sala para entrar en polémica con el primero que esté hablando.

Dentro de su partido —la democracia cristiana— todos los sectores en que está subdividido (rebeldes, terceristas, oficialistas) se lo atribuyen, pero en el fondo es "fuentealbista". Vive en función de ser presidente del Partido. Pololea con todos y no se casa con nadie. Cuando ya lo dan como fijo, su-

fre un síncope o algo así y el presidente es otro Le ocurrió en Peñaflores en la última Junta Extraordinaria. Tenía todo listo para ser el "único posible" pero a última hora se puso a pelear. Gritó tanto, se sulfuró tanto que de repente puso los ojos blancos y se fue de espaldas. Debieron llevarlo a la Posta. Demasiada fuerza interior en un cuerpo muy débil.

De todas maneras es uno de los senadores de Gobierno que más luce. Tiene personalidad y como todos los de menguada estatura, no se achica nunca.

Ferrando

Pregúntele usted a cien personas en la calle quien es Ferrando y le apuesto que ni uno le apunta. Le dirán que es dueño de una Ferretería de Irarrázaval arriba al llegar a Macul, un famoso ciclista español, el puntero izquierdo de Magallanes. Hasta capaz que le digan que ellos tienen un tío que se llama Ferrando y vive en Chuquicamata, porque ni siquiera saben que Ferrando es apellido. ¡Menos van a saber que es senador de la República y que su nombre es...! ¿Cómo se llama Ferrando? *

Con esto estaría dicho todo. Pero hay más. A Ferrando hay que verlo en el Senado con su cara de regidor radical de Puchuncaví (porque tampoco tiene cara de demócrata cristiano). O profesor primario, pero también de Puchuncaví.

Estatura mediana, gordo, barriga prominente, rosadito en los cachetes, con bigotes y peinado para atrás. Igual a todos esos personajes que se llevan en los clubes sociales jugando cacho, dominó o brisca rematada; buenos para el causeo, para la malta,

* Acabo de ser informado que se llama Ricardo.

para el sandwich de pernil, para la caña de tinto.

Hasta capaz que sea naturista.

Todos los senadores demócratas cristianos o casi todos están haciendo noticia por una u otra causa: Gumucio apoyará a Vietnam del Norte, Pablo ofrecerá el Huáscar, Fuentealba sufrirá una rabieta y retará a Pedro Ibáñez. Ferrando no Habla solamente para rendir homenaje a O'Higgins u otro prócer en el centenario de su muerte o en el sesquicentenario de su natalicio. Entonces se pondrá de pie, se ajustará los anteojos redondos, se abrochará el vestón de corte antiguo, sacará unas hojas de papel y leerá una composición de colegio.

Tomás Reyes

Qué lástima que este libro no sea sobre hípica. Podría haber dicho que hay caballos que por aprontes, por antecedentes, por pedigree, por preparador y por jinete son fijos; pero siempre llegan arreado el lote y la cátedra se siente golpeada en forma artera.

Como se trata de senadores debo olvidarme de lo anterior y decir que **Tomás Reyes Vicuña** es inteligente, culto, de buena familia, apto para presidir cualquier cosa con destreza y ecuanimidad, que no tiene enemigos, que es de juicio sereno y que en el Senado no es ni fú ni fá.

Una lástima. El puesto que más le cuadró fue el de Presidente del Senado porque desde la testera no podía intervenir en los debates ni hacer uso de la palabra, en cambio, ahora como uno más de los cuarenta y cinco debiera hacerlo y no lo hace.

Tomás Reyes por sobre todas las cosas es buena persona. Un componedor. Le gusta arreglar todo a la buena y cuando los demás pelean, el sonríe y trata de convencerlos que no sean así. Tiene mucho más prestigio fuera de Chile que aquí, por consi-

guiente debía estar allá. La democracia cristiana ganó en él a un senador incapaz de sacarle la madre a nadie y perdió a un embajador de lujo.

“Nacho”

Difícil se hace hablar de **Ignacio Palma**. Aparte de que todos le dicen “Nacho” o “Nachito” no hay otra cosa destacada. Siempre anda como colgado. Un poco en la luna. Es viejo falangista y se asegura que doctrinariamente es sólido, pero no se le nota. ¿Qué es reaccionario? A lo mejor. Habría que verlo porque en sus discursos cuesta mucho captar el fondo. Como que el mismo no entiende o no siente lo que está diciendo, como que se le escapa el sujeto y hace frases con el puro predicado. Despega y no aterriza.

Además se ríe mucho. Se ríe siempre, pero no con una risa abierta, franca. Es apenas una sonrisa. Ni eso, una mueca que pretende ser risa, pero que la cortedad de genio le deja sólo en eso. Y ha sido parlamentario varias veces y hasta Ministro de Estado.

¡Qué raro!

“pepe” Foncea

José Foncea se sentará con los demócratas cristianos, pagará puntualmente sus cuotas al partido, pero no tiene nada en común con ellos. Es una isla o un lunar. Los demócratas cristianos son como de Seminario, cualquiera de ellos está en condiciones de ayudar misa y la mayoría de comulgar sin necesidad de confesarse.

José Foncea es “choro”, aniñado, apequenado, colorado, bueno para el garabato y existen fundadas sospechas que escupe por el colmillo.

Durante las sesiones es un espectáculo.

—“¿Sabe qué más, Presidente No entiendo esta payasá que estamos votando. ¿Por qué no llama a alguien que sepa para que nos explique?, porque mi honorable colega está tan colgado como yo y como todos ustedes”.

De ese tenor son sus intervenciones. Para hablar se golpea la barriga, levanta la voz y las palabras le salen por un costado de la boca. Sus camaradas lo miran aterrados unos, divertidos otros. No falta el que se avergüenza. Pero Foncea no tiene nada que

ver con monos.

—“Eh, Presidente! Fíjese que me equivoqué en la votación secreta. ¿Por qué no me manda de nuevo las pelotas a ver si puedo arreglarla?”

Nunca pronuncia discursos. Solamente habla para fundamentar el voto y cuando lo hace le prestan mucha atención porque siempre dirá algo divertido y con sentido común. Hípico empedernido se puso frenético cuando se trató de aplicar un nuevo impuesto a los jugadores gananciosos en las carreras. Al llegar su turno dijo:

—“Esto sí que está lindo, señor Presidente. Les carga con los hípicos. Ahora quieren ponerles un impuesto del diez por ciento a los ganadores. Si se aprueba, cada boleto ganador tendría que pagar en impuestos el 40%. Muy bonito, o sea que si un gallo pierde en la primera carrera, pierde en la segunda, pierde en la tercera y viene a ganar en la cuarta, en vez de rehacerse se va a las pailas igual. ¡Chiss!, no. Yo no aguanto. Voto que no”.

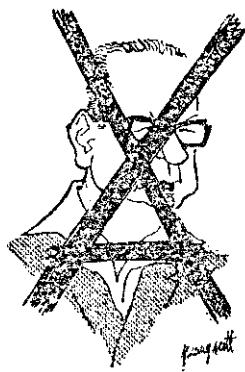
Todos soltaron la carcajada, pero al sacar la cuenta resultó que Foncea tenía la razón. Es así. De viva inteligencia, pero volado. Más de una vez lo han pillado en la luna.

—Señor Foncea, ¿cómo vota su señoría?

—¿Ah? ¿Qué? ¿Quién? ¿Yo?... ¿Qué se está votando... ah?

CAPITULO VI

LOS SOCIALISTAS



A los socialistas le aprietan los zapatos o alguien les pisó un pie y todavía se lo tiene aplastado. De otra manera no se explica que sean tan gritones. No hay socialista con buen carácter, podrán estar de buen humor un rato, pero a la primera se ponen a chillar.

Son verdaderos energúmenos de la política. Cuando uno los escucha queda convencido que harán la revolución en cinco minutos más, que saldrán a quebrar vidrios y al primer paco que pillen le van a quebrar los huesos. Salen y uno cree que van a eso. Diez minutos más tarde los encontrará en un café vociferando contra el orden establecido y sosteniendo que las condiciones ya están maduras.

Sus aliados comunistas son los que más sufren. En las concentraciones los socialistas gritan tanto, que los comunistas —callados por naturaleza— tienen que gritar también para que no se crea que ellos no son revolucionarios.

El militante socialista generalmente es amargado y le pega al resentimiento. También le pega su poco al desaseo. No se corta el pelo ni se peina; se

baña sólo cuando lo pilla el guanaco y se afeita, a lo más, dos veces por semana. Siempre arrugado, con camisas sin corbata y de color incierto. Cuando dejan de chillar, leen bastante, pero entre capítulo y capítulo gritan.

Llegando al Comité Central comienza a operarse en ellos una extraña transformación. Se cortan el pelo y se bañan. Se afeitan y se ponen Dolly-Pen. Se cambian traje todos los días y planchan los pantalones. Parece que es la influencia del "Líder". Si así fuera, Allende tendría un mérito más a su favor. Cuesta encontrar un dirigente socialista que no sea pije. "El Mario" es un verdadero lunar porque pese a todo sigue siendo "puro pueblo"; en cambio "El Tito" se ha puesto hasta fruncido para hablar y ya no saca la madre salvo en contadas ocasiones.

Por eso ustedes verán desfilar ahora a unos caballeros muy compuestitos y atildados, pero aún con dolor de pies porque lo gritón no se les quita.

Allende

Empezaremos por el capitán del equipo (Ponerse de pie. Gracias) por **Salvador Allende Gossens**.

Hay quienes sostienen que su nombre completo es Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens. Yo sinceramente no he tenido el valor suficiente para preguntarle si ello es efectivo. Podría ser cierto y una cosa así es terrible.

El ciudadano Salvador Allende es un tipo singular. Hay que observarlo de cerca para formarse una idea aproximada de él. Claro que si uno ya ha votado tres veces por él no conviene esta experiencia. Al "líder" se le están viniendo los años encima. Los atajó bastante tiempo, pero parece que los años no soportaron más, hablaron entre ellos, se pusieron de acuerdo y se dejaron caer en patota lo que aparte de ser un abuso, es lamentable.

Por ejemplo, Allende cometió la torpeza estética de cortarse los bigotes (dice que no soportó la insidencia que tuvieron al ponérsele blancos) ¿y cuál fue el resultado?: se consiguió una cara de vieja que no tiene nada de marxista ni leninista. Sé que a él le parecerá muy mal esto, pero yo debo ser objetivo

por encima de cuestiones políticas y doctrinarias. Por otra parte, he sido lo suficientemente benévolo, como para no hacerle caso a un colega periodista que en forma majadera sostiene que Allende se parece a no se qué pescado. Eso yo no lo podría consignar. Pido perdón por el solo hecho de pensarlo.

No creo que haya más cosas que decir en cuanto a la parte física. Lo de las tenidas ya lo veremos, no se apuren. Quiero sí dejar constancia que en todo lo demás, sigue siendo el mismo de hace 18 años, cuando su primera candidatura. Y ya que hablamos de elecciones, digamos también que hay que distinguir entre el Allende candidato, y el senador Allende, presidente siempre de algo, de la Comisión de Salud o de todos los senadores.

Posee una tremenda facilidad de palabra para enfrentarse a las masas. Todo el mundo lo ha visto más de una vez instalado en la tribuna. Siempre atento, siempre serio, siempre solemne. Al ser anunciado tarda un poco en ponerse de pie. Los aplausos lo empujan. Entonces levanta una mano. Se para, se saca la chaqueta, se arremanga la camisa, avanza hasta el micrófono, se lleva una mano a la cadera, la otra la apoya en el atril, baja la cabeza y espera. A su espalda la fila de damas y caballeros instalados en el "presidium de honor" suman sus aplausos a los de la concurrencia. Cuando Allende cree que ya está bueno, alza la mano que tenía apoyada en el riñón derecho y empieza a hablar. "Mujer humilde" ... (aplausos); "hombre que trabaja" (aplausos) ... "campesino, campesina, obrero del cobre, del salitre y del carbón ... (ahora cada cinco o seis citas viene el aplauso) ... "empleado público, semifiscal y del sector privado. Compañeros todos. Traigo la representación del partido socialista "(otra vez comienzan los aplausos frenéticos y el Secretario General del Partido debe ponerse de pie para agradecer la ovación)" del partido comunista "(la

misma cosa)", del partido Radical doctrinario (aplausos y algunas pifias), "del Movimiento Católico Allendista" (se pondrá de pie Juan de Rosa Ventura y asombrará al público con un nuevo color del cabello), "de la Confederación de Colectividades Populares, CONCOPO" (aquí se para Mamerito Figueroa), "del Frente Cívico Militar" (se para un caballero al que nadie conoce). Durante diez minutos más o menos, Allende sigue nombrando movimientos y siglas y cada vez que esto ocurre se pone de pie un viejo guatón distinto, que saluda con una mano en alto y ríe satisfecho. Una vez que no ha quedado ni un solo veterano sin su cuota de aplausos y su saludo a la afición, entra en materia:

—“Vengo a explicar cómo y de qué manera, el Movimiento Popular hará realidad en Chile los cambios estructurales que el país necesita y el pueblo reclama . . .”

De ahí para adelante ya está lanzado y podrá hablar horas y horas, sin dar muestras de agotamiento físico ni mental.

Cada cierto rato dirá que es “profundamente anti-imperialista, anti-oligarca y anti-feudal” y sacará aplausos. Cuando necesite otros pocos dirá: “¡yo que pude paralizar el cobre, el salitre y el carbón”. En suma, sabe cómo manejar a las masas y siempre les da, en sus discursos, lo que ellas quieren. “Emplazo a mis detractores políticos a que digan quién ha hecho más que yo por la Madre y el Niño en este país”. “Yo no busco un millón de votos, busco un millón de conciencias limpias”. (Tiene debilidad por la higiene): “Aquí están mis manos limpias de peculado”. “Mis treinta años de limpia trayectoria revolucionaria”.

No hay caso. Se la sabe por libro. ¡Dieciocho años son dieciocho años, también!

Allende como candidato sale en cualquier parte. Claro que de senador.

Como senador, también es un caso. Serio, estudioso, vistoso (aunque sea cacofónico). Siempre pasa algo cuando habla Allende. Siempre se las arregla para desatar polémica. Se dio el lujo de inventar las OLAS, un organismo que nunca funcionó ni sirvió para algo pero que tuvo preocupado no sólo al país sino al continente entero que anduvo viendo revoluciones por todos lados, hasta que se convenció que era solamente una cosa de Allende.

Dio la gran pelea de su vida, hasta conseguirse la presidencia del Senado. Todo estaba en contra suya, pero se las arregló, nadie sabe cómo, para llegar a la "testera" con una solemnidad que ya se la quisiera el Papa para asomarse en la plaza San Pedro.

Dicen que tiene mucha "acción política". Esto en castellano quiere decir que mientras otros piensan y calculan, él se lanza de piquero. Hace cosas. Sus adversarios todavía se están poniendo de acuerdo, cuando ya Allende ha tomado desayuno con fulano, ha almorzado con Perengano, ha tomado once con el último que le faltaba y a las cuatro de la tarde, cuando se produce la votación, todos están cuadrados. Eso se llama tener "acción política". Y tener aguante. Nadie como Allende se ha recorrido más veces el país de arriba abajo. Nadie tiene más capacidad para dar apretones de mano y escuchar canciones de protesta. Va al extranjero. Dicta conferencias y vuelve justo para desarmar la máquina que le estaba montando Ampuero. Siempre en primera línea, en foros, en entrevistas para la prensa, para la radio, para la televisión. "¿Hay que maquillarse?". "Nos maquillamos". "Póngame más polvos en la frente para que no salga brillante". "¿Me saco los anteojos para que le sea más cómodo?" "Gra-

cias, compañera maquilladora". "Usted me ha dejado muy bien y créame que es un agrado que una mujer hermosa le toque a uno la cara".

Siempre amable con las damas y con inquietudes de galán. Un poco antiguo quizás, pero eso es cuestión de estilo.

Se ha hablado mucho de la elegancia de Salvador Allende, incluso se le ha criticado el hecho de que un líder popular vista tan bien. Error que de tanto repetirse casi se ha convertido en una verdad. Allende tiene ropa, es cierto. Mucha. Pero de ahí a que sea elegante hay bastante diferencia. También hace falta el gusto y por ese lado falla. Nada se saca con andar cambiándose a cada rato y tener la prenda justa para cada ocasión si falta lo otro. No es problema de cantidad y eso parece que no se lo han dicho. O por chuparle la media le han dicho que está muy bien.

Pero no sigamos con estas cosas. Digamos que la calidad de "líder" de la izquierda no se la puede quitar nadie. Podrán decir que pronuncia la palabra pueblo como escupiendo la pe, que emplea frases cliché como "con serena firmeza y viril energía", pero nadie podrá decir que ha traicionado a ese "pueblo" que pronuncia de manera tan rara, o a la doctrina de su partido. Por algo ha sido tres veces candidato a la Presidencia de la República en representación de la izquierda.

Cada cual tiene sus defectos y sus debilidades. Unos hacen la revolución de una manera y otros de otra.

¿O no es revolucionario presidir el Senado en guayabera?

"El Cheto"

Siempre que miro a **Aniceto Rodríguez**, senador y Secretario General del Partido Socialista, no puedo dejar de pensar en Martín Rivas. Es el joven provinciano lleno de ideales que llegó a conquistar la capital. Claro que ya no es tan joven y su figura no es debilucha ni romántica. Una vez le dijeron que tenía facha de cargador de pianos y la tiene. Cuadrado, firme, de esas personas capaces de empujar solos un automóvil hasta hacerlo partir. Como pioneta, como gañán, como obrero, como hombre de más esfuerzo físico que intelectual, Aniceto está perfecto. Lo acompaña todo. Hasta tiene cara de borgoña en frutilla. Quizás por eso su imagen es mucho más grande hacia adentro que hacia fuera.

En el partido socialista es un pilar. Un organizador. En el Senado, es uno más.

Dirigiendo campañas es insuperable. Trabaja de sol a sol y triunfa en todas a base de tesón y empuje. Sin vestón, arremangado, transpirando, con un mechón en la frente, golpeando la mesa con el puño y a garabato limpio, ese es Aniceto. Con un traje de corte impecable, camisa de cuello almidonado y zapatos relucientes, hablando todo fruncido para

disimular al roto que empuja, no es él. Por eso en el Senado no luce, pero en el partido, sí. Ahí es auténtico, es "el Cheto".

Hay quienes sostienen que con el nombre que le pusieron, su destino estaba trazado. Parece que para ser socialista hay que tener un nombre raro: Eudaldo Lobos, Clodomiro Almeyda, Belarmino Elgueta, Herminio Tamayo, Asdrubal Pezoa, Adonis Sepúlveda, Albino Barra.

En este mostrario de nombres extraños, una persona que se llame Aniceto, tenía que llegar a la Secretaría General del partido.

El Flaco Altamirano

Altamirano. Don Carlos Altamirano Orrego. Le llegó su turno y lo siento porque lo estimo mucho, ¡pero qué diablos!, ya dije que aquí funciona solamente la Ley de Moraga. Una lástima. Sigamos entonces echándole para adelante.

De lejos, el espigado senador socialista es roto muy pesado. De cerca también. Pero conociéndolo, ni es roto ni es pesado. El seguramente estará de acuerdo con lo último, pero no con lo primero. Le encantaría ser roto. Desgraciadamente no lo es. El Orrego le pena. Altamirano pase, pero Orrego lo tira de espaldas. "Yo no tengo la culpa de mis apellidos ni elegí la cuna, pero elegí una idea política y soy fiel a ella". Excelente frase que repite con el convencimiento de un canuto. Y eso es en el socialismo Carlos Altamirano. También lo ha confesado. "Una vez yo defendí a una compañía imperialista y acusé de comunistas a sus obreros. Eso fue antes que abrazara el marxismo". Igual que un canuto: "Yo era curado, etcétera, etcétera, hasta que vino Dios y me dijo..."

Así como Allende es "profundamente anti-impe-

rialista, anti-oligarca y anti-feudal", Carlos Altamirano es profundamente anti-alessandrista, anti-demócrata cristiano y anti-Moisés. Los dos primeros "anti" ustedes los sabían, pero el último no. Yo tampoco y fue toda una revelación. Altamirano, don Carlos, odia profundamente a Moisés. Este Moisés no es ministro ni alto funcionario. Es el otro, el salvado de las aguas, el que un día se apareció ante su pueblo igual que esos filo-canillitas que se ponen en la puerta del Banco Chile a gritar: ¡apareció la nueva ley!

—“Moisés es un viejo infeliz —palabras textuales— un viejo impotente y amargado que lo único que ha hecho es traumatizar a la humanidad por espacio de dos mil años. No tiene perdón de Dios”.

Aunque no lo crean es Altamirano el que habla. El mismo que se sabe de memoria el último informe de la CEPAL sobre el deterioro de los términos del intercambio y conoce al dedillo el ingreso per cápita de cada chileno en el segundo semestre del año 1967 con respecto al año 1966.

—“...un viejo impotente que ya no se la podía, en vista de lo cual, para desquitarse, se subió a un monte, estuvo varios días reflexionando como fregarnos y luego se apareció con su Diez Mandamientos. ¡No fornicar! ¡No desear la mujer de tu prójimo! ¡No mentir! ¡No matar! ¡No ésto, no lo otro! ¡Habrase visto viejo más desgraciado. Le quitó de golpe y porrazo todo lo rico que tiene la vida! ¡Qué se habrá imaginado! Habría que hacer un gran movimiento destinado a mandar al diablo a Moisés y chipe libre para todos. Por eso me gusta el Go-Go, las tenidas Yé-Yé y todo esto que a'gunos encuentran ridículo. Para mí es señal que la juventud se está liberando de las taras que este viejo le metió en la cabeza”.

¿Se da cuenta “compañero” que Altamirano no

es tan pesado de sangre como creía? Lo que ocurre es que tiene la nariz demasiado respingada, como si siempre le estuviera tomando el olor a las cosas. El no tiene la culpa. Tampoco tiene la culpa de ser miope y usar gruesos anteojos que le dan un aire intelectual. Una lástima que mida un metro ochenta y tantos y pese apenas setenta kilos. Es problema de metabolismo. ¿Qué camina demasiado erguido? ¿Qué culpa tiene él?

Claro que al andar parece que pedaleara. Claro que entra el estómago, saca pecho y sube los hombros; pero eso le viene de sus tiempos de atleta. "El Flaco" Altamirano era saltador de alto y los saltadores tienen que correr cortito. No más de quince metros, entonces deben tragar aire, guardarlo en los pulmones, enterrar el cogote, juntar el máximo de energías en un corto trecho y explotar muscularmente a medio metro de la varilla. Se acostumbraron y no hay caso, quedan con el hábito como los boxeadores con la "radio". Y no sería tan pesado, como que fue campeón sudamericano.

Y en lo de tirarse saltos, Altamirano no es ningún acomplejado. Siendo un simple diputado se le puso por delante a Jorge Alessandri y no hubo sesión en que no le sacara la mugre. Tanto, que se presentó de candidato a senador y salió. Ahora se entusiasmó mucho, se tiró otro salto con los milicos y cayó de espaldas (cosa que le pasa hasta a los mejores atletas). Está desafortado, declarado reo y todo lo demás. Es lo peor que le puede pasar a una persona como el senador socialista: obligado a morir pollo. Tiene derecho a cobrar su dieta y a seguir llamándose senador, pero callado el loro. No puede hablar. No puede entrar a las sesiones, no puede discutir ni puede polemizar en la Sala.

¡Han visto crueldad más grande! Faltó sólo que lo relegaran a Reñaca.

Menos mal que sacó premio de consuelo y lo mandaron por 61 días a la Cárcel.

Altamirano tiene la insolencia del pije. Sabe pegar donde más duele. A José Musalem, colega suyo, de la democracia cristiana, le creó un verdadero trauma síquico, diciéndole tontito por todo. "Ya habló el tontito". "Ahí viene el tontito" "¿Qué dijo el tontito?". Hasta que el tontito se le espantó y se agarraron a puñetes en plena sesión del senado. Ahí sí que Altamirano no supo pegar donde más duele. Se había sacado los anteojos.

Es sin lugar a dudas un personaje controvertido. Hay quienes sostienen que un Altamirano Orrego no puede ser socialista. Otros lo consideran el Delfín. Los de más allá sostienen que no puede ser un revolucionario auténtico porque prefiere un estudio económico a una Sierra Maestra; porque una vez persiguió a un comunista; porque es de familia aristocrática; porque nunca le costó nada conseguir lo que quería.

Pero en honor a la verdad hay que decir que desde que "escuchó la voz de Marx" no se ha apartado de su Evangelio.

La Doctora

No se puede hablar de la doctora **María Elena Carrera** sin hablar de **Salomón Corbalán**.

Murió Salomón, el partido le pidió a su viuda que lo reemplazara en el Senado y ella se tragó las lágrimas, dejó su profesión y se puso en campaña. Ganó y está ocupando el sillón de su marido. La oficina de su marido —sin sacar ni un papel, ni una fotografía, como si estuviera vivo— y trata de reemplazarlo en su acción política.

Pero la doctora Carrera no se parece en nada a su esposo. Salomón era duro; ella es suave. Salomón agresivo, lleno de empuje y vociferante a veces; ella dulce, retraída y callada. El marido era mordaz, hiriente, rosquero. Ella no ofende a nadie, no interrumpe, no pelea. Quizás por eso eran un matrimonio ideal. Dicen que los polos opuestos se atraen.

Trabajadora incansable está donde el partido la mande.

El recuerdo de su esposo aún está vivo y todos la respetan y la ayudan, aún los senadores de las

bancas rivales. No necesita nada de eso. Demostró ser harto hombrecito en la hora más dura y salió adelante, pero creo que sería mucho más feliz en un Hospital atendiendo cabros chicos. Para ser un político verdadero —en el caso de las mujeres— parece que hay que perder un poquito la femineidad y la doctora no puede.

CAPITULO VII

LOS SOCIALISTAS POPULARES



Los socialistas populares debían tener las mismas características que los otros socialistas, pero ellos aseguran que no.

Debe ser así.

Francamente no puedo hablar de cómo son sus militantes porque hasta aquí, lo único que sé es que hubo diez mil que firmaron y como mi especialidad no es la de grafólogo, con estos caballeros estoy sonado.

Hablaré entonces de los únicos dos que conozco:

Ampuero

Empiezo con Raúl Ampuero, no porque su apellido tenga la primera letra del abecedario ni cosa parecida, sino para salir de una vez por todas de esto. No quiero que más adelante se me caliente el mate y diga de él cosas que no siento, cosas que no creo o, por último, cosas que no son ciertas.

Vamos viendo entonces.

No se puede negar que el apellido tiene cierto cachet: Ampuero. Tiene algo que suena bien. No es corriente, no es vulgar, parece que quisiera decir algo, que hubiera algo escondido detrás suyo, algo que empuja. A lo mejor no es cierto y el único que lo piensa es el propio Ampuero; porque no hay duda que él cree a pie juntillas esto que yo solamente me atrevo a sospechar.

Brillante orador. Debe ser lo mejorcito del Senado. Para mi gusto el mejor. Nadie como él expone mejor sus ideas. En frases claras. Redonditas. Para los taquígrafos, una delicia porque se adivina hasta la puntuación. Jamás usa una palabra extraña, ni metáforas ni figuras literarias rebuscadas. Cuando más una frase conocida, un pensamiento o una fá-

bula. Nada más. Derecho al grano. Al pan, pan. Cuando habla, el resto de los senadores guarda silencio. Nunca lo interrumpen y si alguien lo hace, Ampuero calla un instante, piensa y sale la respuesta irónica, mordaz, envenenada. Al aportillador no le quedan ganas de reincidir y Ampuero retoma el hilo de sus ideas que fluyen con extraña naturalidad.

Pero es frío. Sus discursos son más académicos que populacheros. Habla para que entiendan; y no para que lo aplaudan cada vez que se calla porque le falta el aire, o para tomarse un trago de agua que aclare la garganta.

Siempre improvisa, pero da la impresión de estar leyendo. Tal es el orden y la precisión con que habla. Unas notas, algunas ideas escritas en tarjetas constituyen siempre el esqueleto de su discurso.

Pero es flojo. Y flojo rematado. Cuesta un triunfo que intervenga en los debates. Le hace el quite lo más que puede y ese es uno de sus defectos.

También es serio. Tremendamente serio. A cualquier senador se le puede buscar el lado gracioso, es cuestión de mirarlos con detención y cual más cual menos, tienen su punto flaco. Y es natural porque total son humanos. Pero Ampuero no. Frío como una culebra y más serio que un profesor de Historia. Algunos lo encuentran siniestro. A lo mejor Nunca se sabe lo que está pensando. Es otro defecto, porque las pocas veces que se ríe (y ocurre sólo cuando está muy en confianza), hasta suele aparecer simpático.

Pero el peor de todos, en el plano humano, es su inmensa capacidad para almacenar odios. Da la sensación que los colecciona, los guarda en un baúl para que no se le escapen y, cuando cree que alguno se le ha olvidado, abre el baúl y los saca para re-

pasarlos uno por uno. Es de odios chiquititos. Para él, todos tienen el mismo valor. Un modesto militante que una vez con unas copas de más le sacó el aereo, y un senador derechista que ocupó una cadena nacional para atacarlo con premeditación, alevosía y ensañamiento, son para Ampuero exactamente iguales. El mismo metro para los dos y cuando llegue la hora —que esperará pacientemente— serán tratados al mismo nivel.

Es raro. Dicen que los chilotos son así, que no olvidan y debe ser cierto porque Ampuero es chilote por los cuatro costados. Tiene su tenacidad, su manera de caminar, su actitud meditabunda y si alguien lo ve a pata pelada seguramente comprobará que el dedo chico del pie está encaramado sobre los otros (defecto congénito en los nativos de Chiloé).

Dijimos que es brillante orador, que es frío de ideas claras; que es serio pero flojo; que es simpático a veces y adicto al odio siempre pero, ¿qué es, políticamente?

El dice que es un revolucionario y como es serio hay que creerle. Pero nunca ha hecho la revolución. Es más, nunca ha estado preso, nunca ha estado relegado, nunca ha tenido rounds memorables con sus adversarios políticos. Todas sus peleas son con socialistas. Para adentro. ¿Será que porque es flojo no le gusta salir a pelear afuera y prefiere hacerlo en familia?

A lo mejor.

En los momentos de escribir esto (agosto de 1967, mes de los gatos) acaba de dividir al partido socialista. ¿Para qué? Siempre se proclamó como un duro, un revolucionario intransigente. Y divide al partido justo en los momentos en que el FRAP se estaba consolidando y hasta había atraído al partido radical (hay que tener mucho cuidado en el empleo

del tiempo de los verbos cuando se habla de radicales). Si la cosa dura hasta 1970, la ciudadanía tendrá que definirse entre FRAP y Democracia Cristiana. Como Ampuero sostiene que él y su movimiento son izquierdistas, marxistas, leninistas, revolucionarios y todo lo demás, tiene un solo camino: votar por el Frap. ¿Y entonces para qué dividió el partido? ¿O piensa ir como tercer candidato? ¿Con qué ropa? Mirado el asunto así, simplemente, casi en forma vulgar, el asunto no tiene pies ni cabeza. Pero no olvidemos que Ampuero cultiva odios y Salvador Allende tiene un sitio de honor en su baúl.

Extraño personaje Ampuero. Todo en él es contradictorio. Con condiciones de líder, con ambiciones de caudillo ha estado siempre en un segundo plano sin poder salir a flote. Otros con menos méritos que él lo han logrado. Raro ¿no es cierto?

Chadwick

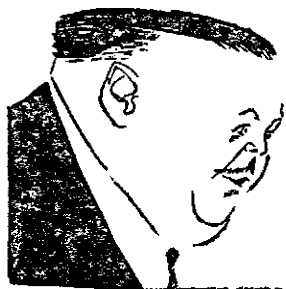
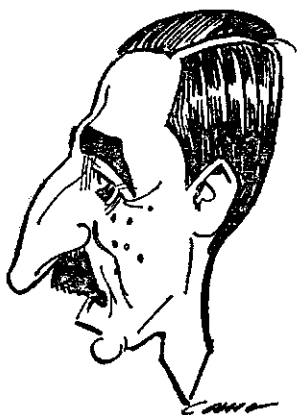
Correspondería ahora decir tres o cuatro cosas sobre **Tomás Chadwick**, senador del partido socialista popular.

He mirado el asunto por un lado, por otro, desde ángulos diferentes y siempre me encuentro con el mismo problema. Este libro pretende ser ágil, ameno, liviano, intrascendente, en una palabra: entretenido.

Luego, el señor Chadwick no cabe. No encaja. No es culpa mía.

CAPITULO VIII

LOS INDEPENDIENTES



Este fenómeno de los independientes es bastante interesante y digno de un estudio profundo. En primer lugar, porque ninguno es independiente de nacimiento y llegaron a ese estado por causas ajenas a su voluntad o porque en determinado momento creyeron descubrir la pólvora.

Tras cada independiente hay una pequeña tragedia o una gran comedia.

En realidad son como los "saldos y retazos", como "la mercadería salvada de incendio" o como esas "liquidaciones por cambio de giro".

O son expulsados de sus partidos como Juan Luis Maurás, Baltazar Castro y Jaime Barros; o han quedado al garete como Sergio Sepúlveda; o simplemente han abierto una sucursal como Luis Fernando Luengo.

Ni siquiera Rafael Tarud nació independiente. Empezó como dependiente en "La Flor del Cairo" y ahora sigue siendo ibañista.

Los independientes tienen un extraño "no sé qué" Cada vez que hay una votación importante los

ojos se vuelven hacia ellos. ¿Cómo votará Maurás? ¿Sepúlveda estará a favor o en contra? ¿Y don Balta? ¿Qué pensará Tarud? Con Jaime Barros no hay problemas. Y con Luengo tampoco, como vote el Chicho, votará él.

Se dejan querer, son los más pololeados y todos les hacen ojitos mientras dura el período parlamentario. ¡Ah, pero cuando se acercan las elecciones vienen las crujideras y nadie desea estar en el pellejo de los independientes!

Se acabó tu cuarto de hora y a reconocer filas se ha dicho. ("A mí me sacan los comunistas porque es fijo que hago perderse al segundo radical. Si la democracia cristiana me da una manito el socialista se va a las pailas. La Derecha tendrá que apoyarme por debajo cuerda si no quieren que el Gobierno arrase").

Y así cada cual se acomoda la montura con determinado partido o combinación. Podemos afirmar categóricamente entonces que los independientes no existen. A lo sumo son militantes que no pagan cuotas.

Maurás

Hay personas cuya apariencia física no cuadra en absoluto con la profesión que tienen o la actividad a que se dedican. Es el caso de **Juan Luis Maurás Novella**.

Evidentemente no tiene cara de senador de la República.

Nada de eso.

Con un guardapolvo blanco, una peineta en la oreja y un par de tijeras en el bolsillo superior, sería un peluquero perfecto. No llamaría a nadie la atención.

Como los peluqueros, no está nunca callado. No puede. Además es entretenido.

Le gusta vestirse a la moda del año treinta. Con ternos que usaban los italianos en Chicago en la época del charleston y la prohibición. Vestón cruzado, seis botones, solapa ancha. Siempre confeccionado en tela a rayas. Zapatos relucientes, sombrero calañé al ojo y, en caso de lluvia, impermeable blanco con cinturón.

Un puro escondido tras el pañuelo que asoma sus cuatro puntas en el bolsillo exterior.

Chaleco.

Grandes colleras. Cuello duro. Corbata a rayas.

Camina con el paso de los seguros en sí mismos y en la fortaleza de sus puños. Muy erguido y ahora, balanceando rítmicamente unos kilos de más que se niegan a abandonarlo pese a los reiterados baños turcos.

El pelo liso siempre bien peinado. Barbilampiño, pero con un bigotito recortado con esmero pese a sus reducidas proporciones.

La carrera política de Juan Luis Maurás ha sido sumamente movida. Siempre en el primer plano de cualquier manera. Hecho en la escuela de los viejos radicales, con el garabato siempre a flor de labios, gusta de los debates acalorados y de las bofetadas cuando son menester.

Se le sale el italiano tupido y parejo. Es arrebatado. Actúa por impulsos. 'La "vendetta" para él es sagrada. Lo más probable es que después se arrepienta, pero en el momento no.

Todavía se recuerda que hace casi veinte años aproximadamente se presentó a una elección complementaria. Había fallecido el diputado Pedro Zárate y Maurás fue a la pelea. Su rival de entonces fue el falangista Pedro Muga.

En una concentración hablaba el candidato radical. Estaba en lo mejor prometiendo una y mil cosas como todo candidato que se respete, cuando desde la multitud se levantó una voz para gritarle: ¡Reaccionario!

Maurás se hizo el cucho y siguió hablando. Nuevamente se levantó la voz: "¡Cállate, vendido a la Banca!" (Hacia referencia al cargo de Secretario Ge-

neral del Banco Panamericano que entonces desempañaba el orador).

Maurás siguió hablando y la misteriosa voz siguió aporbillándolo. Hasta que en un momento culminante del discurso en que hizo una pausa para darle mayor suspenso a sus palabras, el anónimo opositor volvió a gritarle:

—“¿Por qué no hablas del Banco Panamericano?”

El candidato, que ya había ubicado a su enemigo, tranquilamente pidió que lo disculparan un momento, bajó de la tribuna, se abrió paso hasta donde estaba el dueño de la voz misteriosa y de un solo puñete lo dejó sentado en el suelo. Luego, con la misma tranquilidad retornó a la tribuna:

—...como les iba diciendo...

Hay quienes sostienen que el que recibió el puñete fue el ahora diputado Alberto Jerez, pero éste lo niega terminantemente.

Otra vez le tocó en Arica a su ex correligionario Jonás Gómez. Hablaba en una asamblea radical y como es habitual en ellos, esta vez Jonás se dedicaba a sacarle el cuero a Maurás. De improviso se abrió la puerta, avanzó Maurás, subió al escenario, le dio de bofetadas al orador y luego se fue.

—“Se equivocó Jonás. Le habían contado que yo estaba en Iquique. Desgraciadamente para él no me había movido de Arica. Hice lo que tenía que hacer”.

Hay un suceso en la vida de Juan Luis Maurás que no le gusta en absoluto que se lo toquen. Como si se tratara de un vendedor viajero y no de un senador, dondequiera que vaya lo acompaña la imagen de una maleta. Esta es la historia tal como me la contaron:

Durante la campaña electoral de 1946, Maurás apoyó la candidatura de Fernando Alessandri y le encomendaron que viajara al sur con los fondos necesarios para financiar los trabajos en esa región.

El dinero se lo entregaron en una maleta.

A los pocos días estaba de regreso, sumamente contrito. Le había ocurrido un percance. Al atravesar un canal en el sur, la maleta había caído al agua siendo imposible su rescate.

—Una tragedia así, le pasa a cualquiera —comentan sus enemigos con una sonrisa irónica.

—¡Todo eso es una mentira que inventó el belloco de Jonás Gómez —asegura Maurás— yo en ese entonces era un joven idealista que no manejaba dinero!

La rivalidad entre Gómez y Maurás es antigua y permanente. No se tragan. Se dice que Gómez tiene muchos cheques protestados de Maurás y que los muestra para probar la calidad moral de su adversario.

—“No me extrañaría nada en un sujeto como Gómez —responde Maurás—. Es cierto que tuve cheques protestados. Desde muy chico aprendí que cuando un caballero necesita dinero para defender una causa justa, a ese caballero no le puede faltar el dinero. Yo defendía una causa justa y giré cheques. Naturalmente algunos salieron protestados porque pasaba en esos momentos por “problemas de caja”, pero todos están pagados. Absolutamente todos.

Dedicado la vida entera a la política, Juan Luis Maurás domina a las mil maravillas todas las triquiñuelas a que un parlamentario puede echar mano para apurar un proyecto, retrasarlo, formar

mayorías, deshacerlas, hacer caer mesas, levantarlas, votar a favor, votaren contra o, por último, para no estar presente cuando debe votar de manera tal que lo ponga en futuros aprietos.

Es un espectáculo verlo en estas circunstancias. Aparentemente distraído, de improviso se da una palmada en la frente. Se ha acordado de algo y sale disparado de la sala. Justo cuando la abandona se produce la votación. Vuelve y ya la leche está cocida. En otro artículo siente unos deseos imposterables de dirigirse al más privado de los recintos del Senado. Nuevamente se produce la votación con Maurás ausente, cosa que lamenta mucho al regresar. Después un llamado telefónico. Cualquier cosa, pero no lo pillan así no más. Jamás se matricula si no quiere hacerlo.

¡Ah!, pero cuando quiere, va a todas las paradas. Se juega entero. Hasta su futuro político.

Quería ser Presidente del Senado. Su partido le dijo nó, pero fue. Claro que a la semana lo expulsaron, luego lo censuraron y lo sacaron de la mesa, pero ¡quién le quita lo bailado!

Se ríe de los peces de colores. Pero también se le ha visto llorar. Gruesas y viriles lágrimas de rabia corrieron por su cara y no las disimuló cuando la Convención Radical rechazó su reingreso al partido. ¡Ahí le salió el italiano de un viaje! Gritó, vociferó, dijo cosas terribles. ¡Me las pagarán, me las pagarán! Fue una ópera.

Y a nadie le quepa duda que se las pagarán. ¿Cómo y cuándo? ¡Ya llegará el momento!

Dicen que Maurás es muy amigo de sus amigos y debe ser cierto. También tiene muchos enemigos, pero con la diferencia que éstos pueden convertirse en amigos en cualquier momento y que sus amigos son incondicionales. No lo cambian por nada.

Su gracia debe tener.

Esa gracia es la de ser hombre de recursos. Conoce las llaves que hay que girar, los timbres que hay que apretar y los botones a tocar en el momento oportuno. Nada le queda grande. A todo se atreve.

Donde está Maurás hay risas. Hay whisky. Hay puros. Hay de todo y todos lo pasan bien. Todos están contentos. El más que nadie, como que empezó de carnicero en su época de estudiante y terminó de dueño de fundos y radioemisoras.

Quizás sea por hacerle honor a la apariencia física de que hablábamos al principio, el hecho es que Maurás sabe arreglar y arreglarse los bigotes.

Sepúlveda

Sergio Sepúlveda no debía estar en el Senado, ni siquiera en Chile. Debía estar en órbita, porque él se siente ciudadano del mundo.

En un momento de la política nacional, junto a sus colegas Von Mülhenbrock y Hermes Ahumada —estaban en pololeo con la democracia cristiana—, se les bautizó como “Los Tres Chanchitos” porque eran cachetoncitos y rosados. Si Vitalmín sacara un alimento para adultos, tendría que poner a Sergio Sepúlveda en la etiqueta.

Pero no lo tomemos en forma tan frívola porque nos hallamos ante un internacionalista puro. Desde hace muchos años no se pierde Asamblea de las Naciones Unidas. Va a todas y escucha todos los discursos. Nunca ha hablado, pero se le incluye en todas las delegaciones. Se debe conocer de memoria los pasillos y vericuetos del edificio de la NU y a lo mejor lo llevan de guía.

Aquí en Santiago lo atrae sólo la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Hace cualquier cosa por conseguírsela y la sirve con una dedicación verdaderamente conmovedora. Puede faltar a cual-

quier compromiso, menos a una comisión donde deban debatirse problemas internacionales. Los problemas de Chile los deja al buen criterio de sus colegas. Tiene absoluta confianza en ellos.

Don Balta

Un periodista dijo que **Baltazar Castro** tenía cara de mayordomo de película de terror. De esos que cuando entran a escena sigilosamente hacen saltar a toda la platea, se colocan tras la silla del dueño de casa y anuncian: "la cena está servida" (y a nadie del público le cabe la menor duda que al término de la comida habrá dos o tres muertos a causa del veneno que contenía la sopa).

Es que Baltazar Castro tiene los ojos muy adentro y de un color raro entre verdes y celestes. Además, demasiados pelos en las cejas que parecen visillos y en el pecho hasta asomársele por el cuello de la camisa. Pelos en las orejas y en las manos.

Un individuo así tendría que ser feroz y don Balta es suave, romántico. Llega a ser meloso. En la conversación privada habla bajito y lentamente. Como todos los nacidos y criados en el campo pareciera no tener apuro por nada y preferir la carreta al automóvil porque tiene más aire y se puede mirar mejor el paisaje.

El hace mucha cuestión de su pasado minero, pero en la mina se tiene que haber sentido tan mal

como en Santiago. Prefiere lo verde, los pájaros, el eucaliptus, el viento y la lluvia a cualquier cosa que ofrezca la ciudad. Es un huaso trasplantado.

Muy peleador en su juventud (y bastante aporreado) todavía le quedan algunos arrestos y suele perder la caballerosidad como cuando, aún sin tener el vicio del cigarrillo, recibió en la cabeza un cenicero que le envió el difunto senador Salomón Corbalán. Como cuando se agarró a bofetadas con el ex Ministro de Justicia, Enrique Ortúzar, por la Ley Mordaza. Como cuando se trenza con Pedro Ibáñez a quien bautizó públicamente y con publicidad de "Cachimoco".

Ya no está sí para esos trotes. El huaso le ganó al político y ha anunciado que no va a la reelección para dedicarse de una vez a escribir. Porque esa es la verdadera vocación de don Balta. Escribir y escribir. No le cuesta nada, las cosas le salen al correr de la máquina, sin esfuerzo, sin sufrimiento. Y si son cosas de amor más fácil aún.

Es un enamorado del amor. No puede ver a una mujer sin decirle algo agradable, sin que le aflore el galán. De corte antiguo en las cosas del corazón, es de la venia, del canastillo de flores y de la tarjeta con frases tan dulces que hasta las moscas se sienten atraídas por ella.

Con los hombres su trato es diferente. Tranquilo, suave y ceremonioso, pero mordaz y pitancero. ¡Ay cuando don Balta le quiere tomar el pelo a alguien y está en vena! Se le vienen a la cabeza las más felices metáforas que dejarán a su contrincante en el peor de los ridículos. Y una tras otra, y sigue y sigue. La imaginación pareciera no agotársele nunca. Fue su mejor arma de político choclonero. Hablando en plazas públicas era temible. Todavía se recuerda su discurso en la campaña del 58 en que se refirió "a las bolsas del Paleta", que eran unas

bolsas muy grandes que el comando de su campaña repartió entre las dueñas de casa dándoles a entender que con Alessandri de Presidente estarían siempre llenas. Baltazar Castro le dio tal interpretación al hecho, sugirió tales cosas, sin decir las, que aún los que se acuerdan se ríen de buenas ganas.

En lo político se ha dicho mucho de Baltazar Castro. Cosas buenas y cosas malas. Se ha hablado de sus ambiciones presidenciales, de una que otra voltereta, del Batallón de la Montaña, de que es mediador en cualquier cosa. No sé nada de eso ni soy historiador. Yo me quedo con éste, con el furibundo colocolino que escribe mucho mejor una carta de amor que la indicación a un proyecto.

Luengo

Luis Fernando Luengo da la impresión de que todavía no se repone de la sorpresa que le produjo resultar elegido senador. Y debe ser traumatizante no haber podido llegar nunca ni siquiera a una Municipalidad como modesto regidor y encontrarse de golpe y porrazo en el Senado. Y más traumatizante aún, encaramarse a la testera como Vicepresidente del segundo Poder del Estado sin haber tenido tiempo ni de conocer todos sus corredores y usar la peluquería.

Pero el hombre le hace empeño. Llega temprano a su oficina y se encierra a estudiar el reglamento y a interiorizarse de las materias que estarán en debate. Es como esos estudiantes provincianos que a fuerza de quemarse las pestañas y privaciones se sobreponen a la sensación de "pollos en corral ajeno" que los embarga.

Siempre terminan por ser buenos alumnos y ganarse el aprecio de sus compañeros. Por ese camino va Luengo. Por lo menos ya se agarró un viaje a Alemania Oriental.

Al principio no, pero ahora el hombre promete.

Tarud

Hice una encuesta entre los periodistas sobre cuál era la principal virtud del senador **Rafael Tarud** y el resultado fue asombroso: "que jamás deja pagar un café en el Haití".

Esto que don Cheque podría llamar una frivolidad periodística es la pura verdad. El rasgo principal de Tarud es su generosidad y la de ser amigo de sus amigos en las buenas y en las malas. Lo del café puede considerarse una tontera pero lo retrata. No tiene otra ocasión de demostrar su afecto y la aprovecha. Y que es buen amigo en las malas, lamentablemente no lo puede atestiguar el afectado, pero sí muchos recordarán que Tarud fue el único parlamentario ibañista —y habían varios en el Salón de Honor— que acompañó al General hasta su casa cuando entregó el mando.

El turco es así.

Para analizarlo, para mostrarlo de cuerpo entero se necesitaría un libro entero. Sería larga de contar su época de estudiante. Sería largo de explicar que cuando joven tuvo inquietudes artísticas, formó un conjunto teatral en Talca y representó

“Los Intereses Creados”.

Después los intereses creados lo llevaron a enfrentar una acusación constitucional de la Derecha cuando era ministro de Economía de Ibáñez. Ese fue su mayor éxito político. Derrotó a la Derecha cuando era fuerte.

—“A mí la Derecha Económica —decía— no me mete el dedo en la boca porque yo nací arriba de un mostrador”.

Y es cierto. También es cierto que sus padres son palestinos, que él es primera generación en Chile y que en un viaje a Tierra Santa fue declarado “Hijo de Belén” y también es cierto que tiene su fortuna y no está “como el niño Dios”.

Pero todo se lo ha ganado con su esfuerzo y con su trabajo. No quiere mucho “a los turcos que se compran los autos por metros” porque considera que eso es ostentación.

Pero sabe darse sus gustos.

Como comprar boletos de lotería por ejemplo. Verlo en eso es divertido. No se puede resistir ante un vendedor callejero y como ya lo conocen, lo asaltan donde lo pillan. Revisa los números y elije uno. Lo dobla y se lo mete al bolsillo. Se queda pensando. “¿Y si yerro por un número? Esa sí que sería mala suerte”.

—A ver. Dame otro. Este es el 34867, dame el 34868... y el 34869 también... ¡ya y el 34870! Listo, no te compro más.

Y claro que no compra más, hasta que se encuentra con otro vendedor. Sus amigos se ríen. Tarud también se ríe. Se ha sacado tres veces el gordo.

En política se maneja solo y casi por instinto. Un día se va a almorzar con su secretario Saturnino

García, con el periodista Lucho Rodríguez y en el momento del aperitivo puede declarar abierta la sesión de su "Comité Central".

Raras veces no le acierta el palo al gato. Pese a no ser militante ha permanecido intransigentemente en la izquierda. Es fiel a sus ideas, como es fiel con Ibáñez, como es fiel con Talca. Todo lo que se puede conseguir para una ciudad, Tarud se lo ha conseguido. Allá lo adoran y se asegura que es el único independiente que sale solo y ya lo ha probado.

Simpático el turco.

Cuando entra al Senado parece que recién se viera bajando del camello. Le faltan dedos para usar anillos y le falta cara para usar lunares.

“pekin” Barros

La escala de valores de **Jaime Barros Pérez Cotapos**, como la de todo ser humano va del 1 al 7; pero con una diferencia: para él no existen el 2, el 3, el 4, el 5 ni el 6. O un uno o un siete. Nada de términos medios.

La Unión Soviética por ejemplo tiene un uno. China comunista un siete. Y dispone de pocos siete: Cuba, China, Mao, las guerrillas y punto. Todos los demás tienen un uno.

Es tan apasionado que se ha ido quedando solo. Absolutamente solo con sus calcetines colorados. Los comunistas que lo expulsaron, al comentar este detalle de su indumentaria, que no varía nunca, han dicho: “lo que pasa es que a Jaime se le fue la doctrina a las patas”.

Pero su tremenda calidad humana hace que todos lo miren con simpatía pese a sus exabruptos. Ya la figura de Jaime Barros es simpática. La perita, el chambergo, los pantalones a los tobillos, las chaquetas de sport, las camisas de colores y esos calcetines colorados obligan a fijarse en él y a sonreír un poco. Siempre le da impresión de que va muy

apurado a alguna parte, y es tal su dinamismo que un día cualquiera se compró una moto y le dejó el escape libre. Verlo llegar al Senado con su facha de legislador de 1900 y montado en el colérico artefacto era todo un espectáculo. A Barros le da lo mismo. ¡Ah, pero si algo no le da lo mismo también es un espectáculo!

Hincha furibundo del club Everton de Viña del Mar no le bastó con usar la insignia en la solapa. Nó. Era poco para demostrarle su cariño. Descubrió algo mucho mejor: hizo pintar una vieja burra que tenía, de un azul radiante, con una franja amarilla en el medio como la camiseta viñamarina. La pobre burrita se veía ridícula, pero Jaime Barros era feliz. Tan feliz como cuando hace uso de la palabra en el Senado.

Verlo hablar es una fiesta. Escuchar sus palabras es lo más que se puede pedir. Esto hay que aclararlo: Barros no sólo dice sus discursos, también los interpreta, los actúa.

Nunca habla en favor de nada. Siempre en contra.

Hay que estar en el Senado cuando pide la palabra, saca unos tarjetones (de esos que les proporcionan a los parlamentarios), escritos a mano con tinta roja, se coloca los anteojos, se vuelve hacia los demócratas cristianos, los señala con el dedo y les grita:

—“¡¡Escuchen fariseos lo que dice el Evangelio...!!”

Y se larga a grito pelado citando a San Lucas, a San Mateo y a otros apóstoles como si fueran compadres suyos. Y a su manera es un apóstol. No hay casa callampa de Valparaíso o Viña que no haya recibido más de una vez la visita de este médico raro para vestirse y de acelerado caminar. Jamás

deja de visitar a un enfermo indigente. Y no sólo lo examina en forma gratuita, también le regala los medicamentos y si ve que el resto de la familia está muy flaca les da algunos pesos para mejorar el puchero. Su consultorio particular es para ellos y ahí tampoco nadie paga nada y pueden llegar a cualquier hora del día o de la noche. Los pobres lo adoran y los ricos mueven la cabeza como si se tratara de "la oveja negra de la familia". Sonríen cuando lo ven bailando twist o go-go.

Seguramente a Jaime Barros le gustaría que algunos —los que él eligiera— lo odiaran. Pero no lo ha podido conseguir, pese a sus juicios lapidarios y a sus frases hirientes.

A los curas los llama "jotes negros ávidos de dinero" y los curas lo perdonan.

A socialistas y comunistas les dice "zurcidores japoneses de colgajos legales". Los socialistas sonríen y los comunistas tuvieron que expulsarlo porque, ¡qué diablos!, hay que mantener la disciplina.

A la Derecha le dice "yanaconas sirvientes del pirata de la bandera de las barras y las estrellas". Y la Derecha piensa que lo de Barros Pérez Cota-pas pasa hasta en las mejores familias.

El tremendismo de Barros ha hecho que no se le tome muy en serio. Nunca puede nombrar algo que huela a imperialismo sin aplicarle un epíteto terrible. Jamás dirá el Pentágono sólo, sino "los genocidas del Pentágono". Nunca el Departamento de Estado, sino "los filibusteros del Departamento de Estado". Son tan graves las injurias y tan divertida su personalidad que cualquier día Estados Unidos lo va a invitar a recorrer el país para que recoja material y renueve el repertorio.

Sería de caballeros.

EPILOGO

Los libros deben tener un epílogo. Lamentablemente no sé cómo se hacen. Lo único que les puedo decir que este se acabó.

No quedan más senadores. Corresponde quedarse callado y ver qué pasa.

Me habría gustado que saliera más completo. Decir algo del Secretario del Senado, Pelagio Figueroa; del Edecán, coronel Raúl Letelier, pero tuve que dominar mis ímpetus. Si empiezo con ellos, habría tenido que seguir con los funcionarios, con el personal, con todos. Y creo que para echarse enemigos encima, cuarenta y cinco es un número bastante prudente.

Seguramente he cometido errores, pero no pido disculpas. Con tirarse al suelo lo único que se consigue es ensuciarse la ropa.

Una última cosa dedicada a los señores diputados y termino antes de ponerme latero. Al escribir este libro, los periodistas no podíamos entrar a la Cámara por encontrarse en conflicto. Espero que la situación no se prolongará eternamente y

entonces iré allá; luego me sentaré a la máquina y les quitaré esa risita burlona que tienen al leer lo que he dicho de los senadores.

Hasta entonces.

FIN

**IMPRESO EN LOS TALLERES DE
ABUMOHOR IMPRESORES
SANTIAGO - CHILE
1968**

INDICE

	Pag.
PROLOGO	5
CAPITULO I:	9
CAPITULO II:	
“Los Radicales”	13
<i>Ezequiel González Madariaga</i>	17
<i>Hermes Ahumada</i>	21
<i>Humberto Aguirre</i>	23
<i>Raúl Juliet</i>	25
<i>Hugo Miranda</i>	27
<i>Humberto Enríquez</i>	29
<i>Jonás Gómez</i>	33
<i>Luis Bossay</i>	35
<i>Alberto Baltra</i>	37
<i>Julio Durán</i>	39
CAPITULO III:	
“Los Comunistas”	43
<i>Luis Corvalán</i>	47
<i>Volodia Teitelboim</i>	48
<i>Victor Contreras</i>	49
<i>Carlos Contreras</i>	49
<i>Julieta Campusano</i>	50
CAPITULO IV:	
“Los Nacionales”	51
<i>Pedro Ibañez</i>	55
<i>Julio von Müllhenbrock</i>	59
<i>Armando Jaramillo</i>	61
<i>Enrique Curti</i>	63
<i>Fernando Alessandri</i>	65
<i>Francisco Bulnes</i>	67
CAPITULO V:	
“Los Demócratas Cristianos”	73

	<i>Pag.</i>
<i>Tomás Pablo</i>	77
<i>Benjamín Prado</i>	81
<i>José Musalem</i>	83
<i>Patricio Aylwin</i>	85
<i>Raúl Gormaz</i>	87
<i>Rafael Agustín Gumucio</i>	89
<i>Alejandro Noemí</i>	91
<i>Renán Fuentealba</i>	93
<i>Ricardo Ferrando</i>	95
<i>Tomás Reyes</i>	97
<i>Ignacio Palma</i>	99
<i>José Foncea</i>	101
 CAPITULO VI:	
"Los Socialistas"	103
 <i>Salvador Allende</i>	 107
<i>Aniceto Rodríguez</i>	113
<i>Carlos Altamirano</i>	115
<i>María Elena Carrera y Salomón Corbalán</i>	119
 CAPITULO VII:	
"Los Socialistas Populares"	121
 <i>Raúl Ampuero</i>	 125
<i>Tomás Chadwick</i>	129
 CAPITULO VIII:	
"Los Independientes"	131
 <i>Juan Luis Maurás</i>	 135
<i>Sergio Sepúlveda</i>	141
<i>Baltazar Castro</i>	143
<i>Luis Fernando Luengo</i>	147
<i>Rafael Tarud</i>	149
<i>Jaime Barros</i>	153
 EPILOGO	 157